

DE ANIMALES Y DE HOMBRES

INTRODUCCIÓN

Con el transcurrir de los años se profundiza el conocimiento y comprensión de la vida animal.

La interpretación de sus movimientos, de sus gestos, de sus llamadas, permiten saber qué quieren expresar.

Quién no puede sentir alguna vibración frente al llamado lastimero de una gata buscando sus crías o frente a los aparatosos movimientos y potentes gritos de alarma de los teros, cuando algún peligro acecha a sus pichones.

El hombre, ese ser "superior", ¿con qué derecho puede disponer de la vida de los animales?

Ha domesticado a varias especies con distintos fines. Creo que es suficiente para su subsistencia. Por eso pregunto: ¿es necesario que continúe matando?

El ser humano a pesar de su innato instinto de matar (y si no por qué las guerras y demás crímenes) mediante la educación tiene que llegar a respetar la vida animal, hasta en sus más bajas escalas evolutivas. Actualmente, el materialismo desplaza los sentimientos humanos, están invertidos los valores. La indiferencia y la violencia nos están atrapando, pregunto: ¿este es el camino?, ¿o revertimos esta situación?

La prepotencia, la vanidad, la agresividad, el no respetar el derecho de los demás, es moneda corriente.

Poco a poco el hombre se fue alejando de la naturaleza, esto lleva a que su interior se vacíe, está falto de parte de la creación.

Pocas personas se detienen a observar pequeños componentes, como los líquenes, los hongos o los insectos, aparentemente insignificantes, pero que forman parte y enriquecen nuestro mundo.

Insisto en la educación como medio de comprensión y de conservación de la naturaleza, como también en otros aspectos de la vida. Al existir la educación, no tendrían por qué existir las leyes.

Pero, si el hombre va en busca de la autodestrucción, y si éste es el irremediable camino ¿cuál es la respuesta?

Al cursar la carrera universitaria, por razones de estudio, olvidé durante años mi inclinación hacia los animales.

A pesar de estar relacionado con ellos, tratando de sanar sus males, mi vocación oculta eran los "salvajes" especialmente las aves.

Al recibir el diploma y comenzar a ejercer la profesión, fueron pocos los meses transcurridos, para que aflorara aquella vocación.

Compartí trabajos y sentimientos, trabajo y viajes, trabajo y estudios, trabajo e incompreensión.

Fueron años de intensa actividad, a veces rayando la locura. Hacer cientos de kilómetros por día para llegar a lugares muy alejados de mi residencia. Caminar, mirar, sacar fotos, aprovechando al máximo la luz solar. Dos otros días y el regreso.

La actividad laboral era óptima, mis recursos me permitían un libre desplazamiento detrás de las aves. Al no tener que llenar formularios de viáticos, no tener que hacer informes explicando a donde fui, todo era más simple y lo importante es que siempre había dinero en alguna "partida".

Así, poco a poco me fui introduciendo cada vez más en el mundo de la naturaleza.

Vi que muchas personas no tenían conocimiento de toda la hermosura que nos podían brindar los animales.

Por eso comencé a documentar todo lo que veía, con fotos y películas, y a volcar la experiencia a través de libros y de audiovisuales.

Con el correr de los años y siempre pensando que alguien se daría cuenta de que estos temas también son parte del ser humano, me fui gastando mi capital, sin pensar, hasta llegar a desaparecer mi negocio y no ejercer más la profesión.

¡Qué equivocado estaba cuando creí, que con mi esfuerzo y mi realidad, podría vivir!

Vinieron años duros, a tal punto de no poder salir al campo para ver a las aves que tanto quería, apreciar las flores, escuchar el canto de los pájaros o simplemente disfrutar de los sonidos o silencios que da la naturaleza.

DESTRUCCIÓN DE LA NATURALEZA

El hombre, lentamente va haciendo desaparecer de la tierra a las plantas y a los animales y contaminando el medio ambiente.

En los últimos años desaparecieron muchas especies de animales y de vegetales y cuando una especie desaparece, lo hace para siempre.

Otras varias están en peligro. Por más abundantes e inagotables que parezcan las riquezas de la tierra, pueden un día llegar a desaparecer.

Es importante que tomemos conciencia de lo que significa el equilibrio ecológico, los recursos naturales y la conservación de las especies.

Son muchos los factores que intervienen produciendo estos desequilibrios, contaminando y exterminando a las especies.

La utilización de cebos tóxicos con estricnina para eliminar a los pumas o a los zorros, conlleva a la muerte a otros animales que consumen la carne de éstos cuando fallecen.

Las fumigaciones de sembrados con poderosos insecticidas, no solamente eliminan a los insectos, sino que también lo hacen con otra serie de animales.

Incluso el mismo hombre no está exento de caer bajo la acción de estos productos.

El petróleo y aceites que se vuelcan en ríos y mares, dificultan la vida de los seres acuáticos y llevan a la muerte a las aves, al quedar las plumas impregnadas con estos residuos, impidiéndoles volar o nadar.

Los residuos y productos químicos de las fábricas o de curtiembres, que son enviados a los arroyos y a los ríos producen la contaminación del agua y la muerte de los peces.

La desecación de esteros y de lagunas condena a la extinción a un conjunto de vegetales y de animales.

A veces por fenómenos naturales esto sucede, pero en oportunidades es el hombre el causante de la desecación.

He visto desagotar esteros, por extracción del agua, para consolidar un camino. Murieron miles de peces, conformando un espectáculo horripilante.

Todas las especies animales que habitan en un monte o en una selva están ligados a un espacio que satisface sus requisitos de alimentación, reproducción y defensa.

Todas las modificaciones que el hombre realiza en estos biotopos, pueden tener consecuencias fatales para sus moradores.

Con los desmontes las especies no sólo se extinguen por desaparecer los lugares donde habitan, sino porque además no se tiene en cuenta la época de reproducción de los animales. Así se destruyen sus nidos, sus huevos y sus crías.

La caza y comercialización de los animales, elimina a todos aquellos que tienen la desgracia de poseer un plumaje vistoso, un canto agradable, una piel atractiva o una carne comestible.

Es una crueldad matar al ñandú para extraer sus plumas.

Al gato montés y al zorro, para confeccionar un tapado.

Recuerdo cuando un funcionario me escuchó en una reunión defender a los animales, me dijo que me guiaba por los sentimientos y que no veía este problema desde el punto de vista de un recurso.

Recurso ¿para quién? Para unos pocos vivos que comercializan lo que capturan muchos depredadores.

Los cazadores, desde aquellos que consideran el matar como un “deporte” hasta los que matan a cualquier tipo de animal, contribuyen a la destrucción de la naturaleza.

En varias oportunidades traté de explicar, a mis amigos cazadores, mis teorías sobre esa matanza absurda, fue en vano.

Me alegro al encontrar personas que entienden a los animales.

Son seres vivos que sienten, se reproducen y son capaces de dar muestras de afectos.

El hombre ya ha domesticado y sometido para su consumo a una serie de animales, ¿para qué más?

Por relatos, que obligadamente he tenido que escuchar, comprobé la crueldad de muchos para con ellos. Personas incomprensibles, indiferentes, como aquel, que cuando le hablé de estos temas, me contestó que para qué servían los yacarés, esos bichos asquerosos.

El hombre avasalla y somete a los animales.

Es fundamental comenzar con efectivos planes de educación, para que las nuevas generaciones sepan por qué tienen que cuidar el ambiente y los seres vivientes.

EL HOMBRE Y LOS ANIMALES

En el planeta Tierra, en este mundo en que vivimos, actúan una serie de fuerzas interrelacionadas y muchas dependientes entre sí, de tal manera que establecen un equilibrio entre ellas. Muchas de estas cadenas o interrelaciones han sido destruidas por el hombre, con consecuencias lamentables en algunos casos.

Al destruir los montes, las selvas y la fauna y al contaminar el medio ambiente está conspirando contra toda la humanidad, está haciendo un daño irreparable, no sólo para los que viven actualmente, sino también para las generaciones futuras.

El hombre, actuando contra la naturaleza, actúa contra sí mismo. Los cultivos dependen del suelo, del clima, de las semillas y de otros factores. Dentro de estos últimos podemos citar la existencia de muchas aves, las que eliminando a los insectos, gusanos y otras plagas, contribuyen al éxito de una cosecha, o bien erradicando vectores o agentes transmisores de enfermedades (mosquitos, ratones, etc.).

Se puede citar el caso de la proliferación de roedores, portadores de diversos virus, los que encuentran facilitada su procreación al haber disminuido notablemente las aves rapaces, que son sus enemigos naturales. Así, el ornitólogo Guillermo Enrique Hudson, aseguraba que, "la disminución de gaviotas influyó en el aumento de las tucuras" y el de "las perdices en el de garrapatas".

El naturalista norteamericano Lawrence Bruner dijo que, "las aves constituyen la fuerza más maravillosa que la naturaleza puso sobre la tierra para dominar a los insectos e impedir su aumento exagerado" y "si los insectos son los enemigos naturales de las plantas, las aves son los enemigos naturales de los insectos".

Desde épocas remotas las aves fueron motivo de inspiración para poetas y objeto de estudio por parte de los investigadores. Las aves migratorias marcaban el tiempo al hombre primitivo y fueron veneradas por diversas tribus. Sus imágenes han quedado grabadas en las piedras y sus plumas fueron usadas como adornos.

Estos seres siempre ocuparon un lugar preponderante en la vida del hombre, ya sea por su canto, por su belleza, por sus costumbres o bien por su utilidad. Por este motivo alguien llegó a decir: "las aves pueden vivir sin el hombre, pero el hombre no puede vivir sin las aves".

Se ha comprobado que muchas aves son aliadas del hombre en la destrucción de insectos dañinos, otras lo hacen consumiendo miles de semillas de plantas plagas y otras destruyendo cientos de roedores.

Otros animales tienen también su utilidad para con el hombre. En algunas ocasiones no materiales, sino espirituales. ¿Quién no ha tenido o tiene un perro, o un gato, el cual brinda a su dueño una serie de manifestaciones de afecto?

Esta correlación de cariño, a veces muy grande, llega hasta el punto de un trato recíproco, casi humano.

Cuando el animal se va, el dueño siente y sufre como si se tratara de la muerte de un familiar y se dan situaciones inversas donde el animal, busca durante días a su dueño cuando éste desaparece.

Algo de esto nos tocó vivir en dos oportunidades. Una cuando unos niños nos obsequiaron un conejito. Fue bautizado con el nombre de Byron. Creció y se domesticó de tal manera que se desplazaba por toda la casa con absoluta libertad. Pasábamos horas mirándolo, con mi esposa Graciela, cómo se rascaba o cómo comía. Así transcurrían los meses, hasta que un día, lo vimos triste, sus costumbres cambiaron, lo tratamos con diversos medicamentos pero como todas las cosas placenteras, un día tiene final, murió.

Parecido fue lo que pasó con un lorito, Piolín, rescaté de un nido que habían quemado. Un poco chamuscado, lo traje a mi casa y con esmero lo fuimos criando.

Ya emplumado, dormía en el respaldo de un sillón. Esta especie de loro, es poco lo que aprende a hablar, Piolín sabía pedir su papa. No sabemos en qué descuido caminó por un tapial, cayó al suelo en el patio de un vecino y un perro lo mató.

En los dos casos relatados, los sentimientos, la amargura y la desazón fueron muy grandes. Los llantos y las penas duraron días.

Hay quienes vuelcan sus afectos en los animales, probando con satisfacción cuan agradecidos son.

Si ellos no estuvieran, se produciría un gran vacío nuestra vida. Eso lleva a un vacío en el tiempo y eternidad.

Así como cientos de personas brindan su cariño y a los animales, están los otros cientos que los maltratan. No es posible que a esta altura de la civilización existan corridas de toros. Semejante crueldad, lacerar la piel con los estiletes clavados en sus músculos, ensangrentado su pelaje, hasta el remate final del animal como si esto fuera poco, miles de mentecatos y retrógrados viviendo al "héroe" de tamaño "hazaña".

Los que pescan, clavando sus afilados anzuelos en las fauces de los peces. Ignoran estas personas que por inexpresivos que parezcan, también sienten. Por estudios realizados se comprobó que los peces sufren, sienten el dolor, experimentan temores. Lo mismo cuando los sacan del agua y quedan tirados agonizando hasta morir.

Los cazadores, con sus mentes primitivas, que usando armas tiran y tiran. A veces todavía justificando sus actitudes. Argumentan que son "deportistas" porque le dan oportunidades al ciervo, al guazuncho o a la vizcacha, de disparar, de esconderse.

¿De qué oportunidades hablan? No es lo mismo estar armado con una poderosa escopeta, que ser un inofensivo animal pastando o escondido temeroso detrás de unos arbustos, ajeno a la artera intención del cazador.

Sin sentimientos no pueden existir las buenas acciones o las buenas actitudes o los buenos pensamientos. Respetar la vida animal es respetar nuestra propia existencia.

LA CRUELDAD CON LOS ANIMALES

Alguna de las crueldades que comete el hombre con los animales, están referidas en los diversos capítulos, aquí citaré otras.

Aquellos que sacados de sus ambientes naturales van a parar a las míseras jaulas de los circos. Donde no solamente se los priva de su libertad, sino que además están obligados a trabajar y son castigados si las indicaciones del domador son desoídas.

Algo similar padecen los que van a los zoológicos, donde las condiciones ambientales no son las correctas para la especie. Así se ven a los osos de regiones frías conviviendo con otros de temperaturas cálidas.

En ambos casos, con el tiempo algunos animales enferman, enflaquecen y mueren.

En los experimentos realizados por el ser humano, siempre se recurrió en primer término a ellos. De esta manera, destrozó a las ranas y sapos, a los cobayos, a los monos, a los perros, en su provecho. Es justo nuestro reconocimiento hacia ellos.

Los que en lugar de agradecer la utilidad que les prestan los caballos de tiro, los castigan, pegándoles a veces hasta llegar a lastimarlos.

Un cazador me contaba sus correrías en un campo de pastos bajos, donde convivían peludos, reptiles y aves. Al relatarme cómo y qué cazó, imaginé lo siguiente: "la perdiz oculta y temerosa mirando los ojos grandes y amenazantes del perro. Ya fui descubierta, y ahora ¡qué hago!, mi suerte está echada. Si me quedo, este perro me puede atacar, si levanto vuelo un certero tiro me mata, ¡Qué dilema! ¿Y, si por casualidad yerra?"

Por qué tremenda desigualdad. Aquel cazador con escopeta y un feroz perro a pocos metros, tratando de eliminar a una pequeña avecilla indefensa. Llegó el momento de la decisión, levantó vuelo y a los pocos metros cayó destrozada. El autor, feliz por el acontecimiento vivido, colocó en su bolsa un manojito de plumas y un poco de carne de la desdichada perdicita.

En varias oportunidades me trajeron animales heridos, casi siempre aves. Algunas por casos fortuitos, como las que migran de noche y encandiladas por las luces de la ciudad, chocan contra torres, edificios o columnas y otras heridas por grandes y chicos.

De esta manera, vinieron palomas y hasta un gallito del agua al que unos jóvenes con un cascotazo le habían quebrado el ala. No conformes con esta acción, y tal vez para demostrar un poco más de crueldad, le ataron las patas con un hilo, y así quedó abandonado, tirado en un charco, hasta que fue rescatado por otros.

Estos pájaros heridos necesitan el cariño y el calor que todos les podemos brindar.

Cerca de un montecito, otro grupo tiraba con sus hondas, a los pájaros. Sobre los árboles se movían sin pensar lo que podía ocurrir diversas aves. Sobresalía el amarillo plumaje de un papamoscas. Era una madre jadeante e inquieta, pero feliz por traer un poco de comida a sus pichones.

Se posa en una rama limpia, se asea las plumas antes de un nuevo viaje, pero el certero golpe de piedra, trunca su vida, cayendo desde lo alto como un manojito de plumas.

Los hijitos, ajenos a la tragedia, siguieron piando y piando esperanzados en ver a su madre. Inútiles fueron sus reclamos, aquella fue eliminada por una insensatez así continuaron piando y piando hasta fallecer por inanición.

Tal vez muchos de los animales así maltratados, en la vida eterna podrán vivir sin los temores y sufrimiento que padecieron en la terrenal, y encontrarán buena aguadas y comida y no serán perseguidos por los cazadores, por los carceleros y por los traficantes.

SANTA FELICIA

En un destartalado camión se realizó una nueva mudanza de nuestra familia. Esta vez por caminos de tierra desde Escalada a Santa Felicia.

Recuerdo ese primer día como si fuese hoy. La escuela, amplia, tenía un patio muy grande. Allí transcurrieron dos años de mi vida. Jugando durante todo el tiempo que permitía la luz diurna.

Bolitas, escondidas, trepar por los árboles, a la pelota, todo era bienvenido.

¡Cómo me gustaba jugar! ¿Y, a qué chico no? Qué época feliz. Sin preocupaciones, sin mayores obligaciones, todo el tiempo era algo de estudio y el resto andar, corretear.

Mi padre era el director y mi madre maestra del establecimiento. Con mis hermanos recorríamos las ruinas, los túneles y otras edificaciones que quedaban aquí de la época en que La Forestal era la dueña del lugar. Esta sociedad inglesa sacaba los quebrachos colorados, para extraer el tanino.

Mi padre tenía una gran condición para el relato y una vez por semana, en la última hora de clase, llegaba al aula y nos entretenía con cuentos diversos, pero los que predominaban eran los de animales.

Todos los chicos siempre deseábamos que llegara esta hora. Qué lindo era escuchar esos cuentos. Uno de ellos trataba sobre un águila colorada muy corpulenta y atrevida, que tenía atemorizados a todos en la región, por el daño que hacía en las majadas y en los rebaños.

Pero un día cayó en una celada preparada para terminar con su vida. Herida se desplomó al pie de un barranco de un correntoso riacho y allí Pedro, un niño de 8 años la encontró mientras cuidaba sus chivos y sus ovejas.

Sin titubear la metió en una bolsa, la llevó al rancho y esquivando las miradas de sus padres, la puso entre la leña debajo del horno. Agonizando, el animal se entregó humildemente a los cuidados del niño. Llegó la noche y Pedro no pudo dormir pensando qué haría para que no muera. Al amanecer, largó la majada y se dedicó a escondidas a cuidar al ave herida.

Con unos palitos y unos hilos entablilló el ala, con jugos de árboles curó las heridas de las patas, le puso agua en un tarrito y le dio de comer.

Así pasaron los días y las semanas, hasta darla de alta. Fuerte, vigorosa, batió sus alas, lanzó un chillido agudo a manera de agradecimiento y se perdió de la vista del niño, entre las nubes.

Pasaron meses, llegó el verano con sus lluvias torrenciales, los campos se inundaron y el arroyo manso y tranquilo se convirtió en un río turbulento y arrasador. Ignorando el peligro, Pedro cruzó un paso de troncos, como lo había hecho mil veces, pero erró pie, cayó al agua y fue arrastrado por la correntada. Sus

gritos de angustia, de auxilio retumbaron en la boscosa quebrada, una y otra vez. De pronto, como un relámpago apareció desde el cielo un ave colorada, que con sus potentes garras, lo tomó por la espalda, de sus mojadadas ropas, lo elevó, y a fuerza de volar, llegó hasta el patio del rancho, ante la mirada atónita de sus padres.

¡Era el águila curada por Pedro!

Fue como recompensa por haberle salvado la vida.

Los días domingos o feriados me llevaba al campo. Andábamos por montes, esteros y lagunas.

Caminaba tranquilo, sin preocupaciones por los peligros. Tal vez porque inconscientemente sabía que mi padre me iba a cuidar.

Entre las narraciones y estos primeros pasos en contacto con las cosas naturales, posiblemente fueron de alguna manera marcando mi inclinación hacia las plantas y los animales.

Todos los niños merecen vivir su edad como corresponde. Es el período del aprendizaje, de los juegos, de las despreocupaciones, del trato correcto.

Sin embargo, miles de ellos son viejos desde chicos. No tienen oportunidades, se les exige trabajar a edad temprana, algunos incluso mal alimentados y cuando aún su cuerpo no está fuerte ni desarrollado para realizar ciertos trabajos.

Otras veces castigados o con obligaciones no compatibles con la edad, o mancillados física y psíquicamente.

Si todos nacemos igual ¿o no?, por qué estas diferencias. ¿Es el azar de la vida?

Por momentos uno pide comprensión hacia los animales y en muchos casos no existe entre las personas.

En una fresca mañana cuando comenzaba a salir el sol, nos fuimos a unas lagunas rodeadas de montes.

No sé bien qué quería ver mi padre, pero allá fuimos. Dejamos el auto en el camino y entramos en el agua fría.

A poco de andar tenía los repollitos y otras plantas acuáticas a nivel del pecho. En un momento pensé ¡qué honda es esta laguna! Con el correr de los años me di cuenta de que la misma no era profunda, era yo que con mis 80 cm. de estatura, podía desaparecer en ese lugar.

Esto, como así también las picaduras de las sanguijuelas, pasaron a segundo plano, cuando aparecieron las aves acuáticas que queríamos ver.

Los patos con sus crías, el nido de los gallitos, los pichoncitos del chajá, los gritos y los cantos de las aves, todo me maravillaba.

Al salir del agua, mientras nos secábamos de ropa, nos pasó volando un boyero con una larga fibra en el pico. Mi padre lo siguió. Al rato me gritó que fuera a su encuentro, que lo hiciera con cuidado y en silencio. Me hizo señas con la mano para que mirara hacia arriba. No sabía qué me indicaba, hasta que localicé en el extremo de una rama de garabato, al boyero construyendo su nido.

Qué lindo era observar a ese pájaro negro armando su larga casa. Es difícil entender cómo el ave con el pico solamente podía entretejer las fibras vegetales, formando una bolsa alargada.

Pregunté por qué lo ubica tan alto y en el extremo de una rama.

-Papá contestó. Porque de esa manera ningún depredador puede llegar a él.

Inteligente ¿no?

Por el caminito que tomamos para regresar al auto, en un claro, semiapoyado en un tronco seco, crecía un grupo de cactus. Comentó papá que lo llamaban cogote de suri o de ñandú. Efectivamente, qué bien puesto el nombre, su tronco es largo semejante al cuello del ave.

Pero, más interesante fue cuando cortó uno de sus frutos redondeados, rojizos.

Son comestibles, comentó.

Ah sí. Entonces partamos uno.

Una pulpa blanca, salpicada de semillitas negras, formaban el interior. Al degustarlo comprobamos su dulzura.

Las emociones vividas fueron apasionantes. Tenía los motivos para contar mi experiencia de un día de campo.

Mis preguntas eran varias, mis interrogantes muchos.

Con el pasar de los años, todos se fueron aclarando. Estas primeras salidas formaron posiblemente el molde naturalista.

EL ÚLTIMO VIAJE

El crecimiento de mi hijo Martín se fue realizando un ambiente estrechamente relacionado con la naturaleza.

Desde muy chico me acompañó en innumerables viajes, colaboró en la organización de las excursiones, conoció a casi todos los pájaros, incluso algunos nombres científicos.

Antes de caminar, ya iba de un lado a otro. De tal manera que por "contacto" o por "osmosis" penetraban su cuerpo los conocimientos y realidades de la naturaleza.

Sabía ya por experiencias, que esta situación un tendría su fin. Pude ver que el tema de los animales atrapa a los niños hasta una cierta edad, me pasó personalmente. Luego de la juventud, los que tienen verdadera vocación, retoman el camino.

Muchos de los grupos de observadores de aves que formé con los jóvenes, si no se producían nuevas incorporaciones, con el correr de los años se esfumaban.

La curiosidad por el mundo que los rodea, sobre por los animales, está latente en los niños. Por eso quieren al perrito, al gatito o al lorito.

Mi preocupación es que esos sentimientos se consoliden para el bien y tratar de evitar el sentimiento innato de cazar o de matar.

En uno de los viajes por las sierras de Córdoba, nos acompañó un joven escalador de montañas, Jorge, se prestó amablemente para ayudarnos a subir unas escarpadas laderas, con el fin de ver los nidos de unos vencejos. Estas aves, parecidas a las golondrinas, son abundantes en las sierras. Vuelan muy rápido y ubican el nido en grietas o huecos en las montañas, a gran altura.

Con todos los implementos necesarios y con la experiencia de Jorge, creímos que la tarea se simplificaría. Detectamos el lugar y comenzamos a trabajar. Jorge, con la agilidad de un felino, trepó atando todas las sogas y colocó los grampones en los lugares correctos. Luego comenzó a subir Martín. Lo tenía que hacer atado a una cuerda. Mi inexperiencia hizo que lo ajustara muy mal y cayó de unos pocos metros, sin consecuencias físicas. Si esto sucedía unos metros más arriba, tal vez el final era otro.

El último en trepar fui yo. Lógicamente que no llegué a la altura en que estaban Jorge y Martín. Luego de unas fotos de los nidos, nos trasladamos por otras montañas, hasta llegar a un aislado refugio.

Descansamos, tomamos un poco de agua y nos quedamos a contemplar la inmensidad de esas cadenas rocosas y a pensar lo insignificante que éramos ante tanta magnificencia.

Al bajar, Martín resbaló entre unas piedras, cayó haciéndose un gran corte en la rodilla. La sangre manaba abundantemente, con un pañuelo hicimos un vendaje y al no poder caminar, nos alternamos con Jorge para levantarlo y llevarlo hasta el auto.

La noche nos apuraba, no podíamos ir más rápido por lo escabroso del terreno y por el peso de Martín. La sangre había dejado de salir y las manifestaciones de dolor por momentos se calmaban. Estoicamente soportó el mal hasta el vehículo.

Luego de cuatro horas de marcha, llegamos a un sanatorio, donde se comprobó que aquella herida necesitaba de varios puntos para su curación, como así también aplicación de suero antitetánico como prevención de mal mayor.

Con el correr de los días, mejoró y todo aquello quedó en una anécdota más.

Cuando rondaba los 14 o 15 años, presentí que mi acompañante de tantos años me abandonaría. Esto fue realidad al finalizar un viaje a la puna Jujuy. Durante los preparativos su entusiasmo no era de antes, y creo que puso mucha voluntad para ir y no dejarme solo.

Los dos en silencio, teníamos nuestro criterio formado. Uno que sentía que aquella realidad se terminaba y otro que había colmado sus expectativas y sentía que aquello momentáneamente no podía continuar.

Por un inconveniente mecánico, casi no llegamos a Jujuy. Lo hicimos en las últimas horas de la tarde, bajo una intensa lluvia, acompañada de relámpagos, truenos y fuerte viento. Todo esto impedía armar la carpa (algo que todavía Martín disfrutaba) y pasamos la noche en un hotel.

A la mañana siguiente, en Humahuaca, fue prácticamente nuestro punto de partida en contacto con la naturaleza.

Para esa fecha se realizaban ahí, todas las fiestas ceremonias del carnaval. Hasta altas horas de la noche escuchaban los cantos y la música de esos rituales.

Dentro de la carpa, con una noche fría y ventosa cenamos y nos dormimos con el murmullo de las serenatas y los gritos, por momentos lastimeros de los lugareños.

Aquí dejamos el auto. Como en viajes anteriores, la altura hacía que el motor se recalentara, y frente a posibilidad de continuar con una camioneta, no lo pensamos demasiado.

Durante el día, parábamos en diversos puntos para apreciar el paisaje y durante la noche, recorríamos algún pueblo, para saber un poco más de la vida de los habitantes de esas latitudes.

Al pasar por Abra Pampa un corral cerrado por una pirca de piedras, albergaba un lote de llamas. Estas, adaptadas a las rigurosas condiciones ambientales, constituyen un elemento primordial en la supervivencia de los habitantes de la puna. Presentan adaptaciones especiales en su anatomía y fisiología, para soportar los fríos y los bajos tenores de oxígeno. Sus hábitos son diurnos, se alimentan de pastos naturales y son muy resistentes al ayuno. Los grupos familiares están compuestos por un macho y varias hembras. Paren en el verano, una cría a la cual amamantan durante 4 a 5 meses. La llama es utilizada como animal de carga. Veíamos grupos numerosos, generalmente formados por machos, y como cosa curiosa vi que no eran maltratadas. Los arrieros les hablaban y las tocaban con suaves palmadas. Ellos saben que además, este camélido les da carne, grasa, utilizan el cuero y principalmente la lana.

A medida que subíamos la proporción de oxígeno y la humedad del aire, disminuían ocasionándonos algunos trastornos de "embotamiento" y sequedad de la piel.

Durante el día la temperatura es elevada, los rayos solares son fuertes, pero por la noche desciende varios grados, marcando una gran diferencia entre las horas de luz y las de oscuridad.

La mayoría de los vegetales son plantas de escaso porte, forman pequeños matorrales, excepto los cardones que pueden llegar a medir varios metros de alto.

Los vientos producen un enfriamiento que obliga a que los animales de estas regiones, sean en general cavernícolas. Ellos buscan refugio en las cuevas, grutas o en los reparos de las rocas.

A pesar de la aparente inhospitalidad de las montañas, estas tienen sus bellezas, expresadas en sus formas y matices o en sus cactus. Justos con sus flores rosadas, rojizas, anaranjadas, blancas, solitarios o en grupos acompañan a las inflorescencias de los otros vegetales destacándose entre las rocas.

Sin darnos cuenta, en lo alto de un peñasco, una vicuña oteaba la meseta. Sin saber cómo, dio la voz de alarma a sus compañeras que correteando entre los pastos se dispersaron en diferentes direcciones. Este herbívoro no es abundante. Fue muy perseguido por los cazadores, tal vez por esto es muy desconfiada y arisca. Afortunadamente está protegida por las leyes.

Por vivir en el llano, tenemos pocas oportunidades ver al cóndor. Martín, al divisar un grupo reunido en torno de los despojos de una llama, expresó su sorpresa y ambos nos regocijamos ante el "Rey de los Andes".

Uno de ellos levantó vuelo con un fuerte aleteo y a cierta altura, aprovechando la amplitud de sus alas y corrientes térmicas, se dedicó a planear. Sin mover las alas e impulsado por el viento, subía y bajaba, viraba, a la derecha o a la izquierda, hasta que su imponente presencia se fue minimizando al ir desapareciendo en un profundo valle.

En la noche calma, tal vez un poco fresca, la tranquilidad invitaba a escuchar sonidos o a contemplar reflejos en la oscuridad, más allá de la llama del fogón.

Rondaban en mi mente, toda clase de pensamientos recordando el tiempo y los momentos vividos junto a mi hijo y la naturaleza.

Estaba exhausto y los recuerdos se fueron borrado con el cansancio.

Cuando el sol se esforzaba por salir, volvimos a nuestro auto para emprender el regreso a Esperanza.

Al pasar por Salta, a la sombra de un árbol, paramos a comer. Teníamos unas frutas y quisimos cocinar unos huevos de gallina. Grande fue la sorpresa cuando sacamos a estos de un cartón colocado en la luneta. Por acción del calor, estaban semicocidos. Los rayos solares que pasaron a través del vidrio posterior del auto, habían recalentado a los huevos.

Una nueva experiencia surgió de este viaje y un conjunto de sentimientos y de emociones, nos impregnaron el alma.

EL VUELCO

En cierta oportunidad mi madre me comentó que le habían salido unas manchas rojizas en la piel.

Este primer síntoma fue el comienzo de un largo y penoso camino. La situación de fue agravando con otros malestares, hasta que le llegó el diagnóstico: una enfermedad de la sangre.

Los medicamentos usados le daban una mejoría transitoria, renacía en nosotros la esperanza, pero a los pocos días todo estaba igual o peor.

Ella no sabía de su mal. Tratábamos de todas las maneras de distraerla, de alegrarla, sabiendo que aquello era irreparable.

Su fuerza de voluntad, sus ganas de continuar viviendo eran envidiables. Para nosotros, mientras tenía vida siempre pensábamos y queríamos que algún milagro la recuperara.

Pero, evidentemente cuando el Supremo o fuerzas superiores, deciden que tal o cual persona se tiene que ir de la vida terrenal, esto se cumple.

Una tarde nublada, sufre una descompostura y a las pocas horas fallece.

En los primeros momentos no tenía muy clara mi mente, ocupada por trámites, saludos y demás aspectos que siempre rondan en estas circunstancias.

Pero, a los pocos días, comenzó a transcurrir en mi interior una gran pena. No comprendía por qué había pasado esto. Una persona tan buena, cuando podía comenzar a gozar de sus nietos y descansar luego de tantos años de lucha, se le trunca la vida.

Nunca en mi vida había sufrido un golpe tan grande.

Muchos meses y años tuvieron que pasar para que en algo fuera atemperándose aquel dolor.

Siempre fui temeroso frente a la muerte, pero a partir de esta fatalidad aquel temor se fue disipando.

Comenzaron nuevos planteamientos y razonamientos filosóficos de sentimientos y de entendimientos.

Unos veinte días después, junto con mi padre nos fuimos hasta La Brava. Zona de bañados y de montes. Tenía que hacer un censo de las aves del lugar.

La región, un poco castigada por los cazadores, conservaba abundante fauna.

En el extremo de una rama de chañar, a unos 2,50 metros del suelo, había un aparente nido. Papá bajó y sostuvo la rama y al mirar vi que no era lo que pensaba, sino que se trataba de un dormidero del Trepadorcito de ceja blanca.

Este pequeño pajarito es uno de los pocos que aparte del nido, hace otro que lo ocupa como dormidero.

Lo construye con palitos, dejando un túnel con dos bocas de entrada, tapizado con materiales suaves.

Como contrapartida de aquellos pájaros que son poco afectos a trabajar, éste hasta tiene la habilidad de edificar un lugar para pasar la noche.

Del extremo de una rama de un curupí, pendulaba un nido del Espinero grande. La pareja estaba terminando la construcción de su hogar, nos dimos cuenta de esto porque en cada viaje traían algunas lanas y plumas para tapizar el interior.

Es llamativo ver cómo estas y otras aves, pueden elaborar nidos con trabazones de palitos o de fibras vegetales, empleando solamente el pico.

El entusiasmo de la pareja por terminarlo, era tal, que mirábamos sin ocultarnos, desde unos cinco metros de distancia.

En cada viaje, emitían sus chillones gritos, expresando tal vez su alegría de saber que ya faltaba poco para finalizar la tarea.

Sobre los pajonales que bordeaban un bañado pasaron en raudo vuelo una bandada de patos crestones.

Explicué a papá las modificaciones orgánicas que tienen las aves para volar, aunque algunas como los pingüinos no lo hacen. Presentan los miembros anteriores transformados en alas, con músculos potentes y un cuerpo aerodinámico. La cabeza y el cuello penetran en el aire durante el vuelo, con poco roce, debido a la ausencia de apéndices externos, como las orejas o las colas vertebrales largas.

Con fuertes batimientos de alas, describen un movimiento alternativo que les permite la sustentación y el avance. De esta forma las aves se "apoyan" en el aire y las alas actúan como remos.

Satisfecha la curiosidad, continuamos caminando, hasta la hora del almuerzo. Luego de reponer fuerzas y viendo que por el sur aparecían nubarrones amenazantes de una tormenta, regresábamos a nuestro hogar, por un polvoriento camino.

Mientras manejaba, mis pensamientos quién sabe en qué lugar de la galaxia estaban. Esta distracción fue causa de algo muy grave. En cierto momento, el camino dobla en ángulo de 90 grados, cuando advierto esto, toco los frenos, el auto se cruza y un gran terrón de tierra hizo que una rueda delantera se elevara, y de ahí en más, el auto comenzó a dar vueltas, hasta quedar frenado con las ruedas hacia arriba, muy cerca de un zanjón.

En los pocos segundos en que sucede un accidente de este tipo, permite a una persona consciente, tener noción de la gravedad de lo que acontece.

A todo esto hay que agregar los ruidos de las latas, la explosión del parabrisas y los rezongos y lastimeros quejidos de mi padre.

Al darme cuenta que físicamente no sentía nada, rápidamente traté de salir de la difícil postura.

Por una puerta trasera y gateando a ras del suelo, lo conseguí. La nafta se derramaba sin parar, aumentando más la tensión.

Mi padre algo lastimado yacía tendido en la parte delantera sin poder salir. Luego de unos minutos y con esfuerzo, se repuso. Ahí recién comprobamos que sus lesiones no eran tan graves, pero su estado emocional no era el adecuado.

EL NIÑO DESCALZO

Al concurrir los niños de varias escuelas para escuchar lo que les contaba sobre la vida animal, nuestro intercambio de conocimientos había entrado en un diálogo ameno y entretenido.

El entusiasmo, algo natural en los niños, poco a poco se fue transformando en un gran alboroto, hasta que, maestra mediante, todo volvió a la calma.

Al reanudar el diálogo, enfervorizado, apasionado por el tema y ver el interés de los chicos, bajo la cabeza y veo entre tantos pies, unos descalzos.

Se me entrecortaron las palabras, mis gestos cambiaron. Me puse más a pensar y a reflexionar, que a tratar de explicar al resto de los alumnos sobre la vida de los animales.

En mi mente se cruzaron miles de incomprensiones humanas. Nunca entendí la brecha entre los que tienen y los que no tienen.

Muchos me dijeron que yo no solucionaría el problema, de cualquier manera siempre me molestó, me dolió.

¿Se sentía humillado aquel niño viéndose así ante todos sus compañeros calzados? ¿A medida que se desarrolle, no quedarán en él resquemores, resentimientos? O tendrá que aceptar que así es la vida.

Cerca del salón donde daba mi charla, vivía un pastor protestante. Un amigo nos presenta y mientras esperaba un nuevo turno de alumnos, comenzamos a intercambiar ideas y pensamientos.

Palabra va, palabra viene y casi sin tapujos comenzamos a desglosar algunos temas. Tal vez difíciles, pero reales.

Los espíritus, la reencarnación, la otra vida.

Siempre sentí curiosidad por saber de dónde venimos, cómo se originó este mundo y cuál será el final. Todo es misterioso a pesar de las muchas teorías existentes.

Algunas personas creen en la reencarnación, dicen que tomamos los espíritus de otros, que estamos rodeados de ellos, que tenemos que trabajar, hacer buena "letra" en esta vida, para llegar a cierta jerarquía en la otra.

Aquí viene esta pregunta: ese ser inocente, generado por el amor de dos personas, por qué nace con semejante castigo, en muchos casos no para él, pues su estado no le permite tomar una noción de su mal, pero sí para sus padres y allegados.

O aquellos que sostienen que los niños que nacen con defectos lo tienen merecido, pues en la otra vida fueron personas perversas y malas.

Al leer el origen del universo a través de la teoría del Big- Bang, se ve como el hombre continúa en la búsqueda de su origen.

Mi mente no llega a comprender varias de estas cosas, y le sucede a muchos. Con el correr de los años, veo que lo que tengo que entender es la realidad. Esta realidad que día a día nos acosa, nos transforma.

Me despedí del pastor agradeciéndole los mates y el momento agradable que pasamos.

Por la tarde, con un grupo de chicos, los más interesados en los problemas ecológicos, caminamos por las afueras del pueblo.

A la orilla de un río nos desplazábamos de una manera algo dispersa. Nos reuníamos cuando alguien veía aquello que le despertaba su curiosidad. Al llegar al lugar, los más audaces ya habían explicado al resto lo que estaban mirando, a veces tenían razón, en otras no.

Al elevar la cabeza, se veían en el cielo unas aves negras, planeando, dando vueltas en círculo y algunas descendían perdiéndose de nuestra vista.

Pregunté si conocían a esas aves. Sus respuestas fueron dispares, desde águilas, cigüeñas y caranchos hasta chimangos. Al comprobar qué aves eran, les comenté que se trataban de cuervos y fuimos a ver por qué bajaban en el lugar.

En la banquina de un camino abandonado, un olor nauseabundo invadía el ambiente. Al aproximarnos, semiocultos por los yuyos, yacían varios peces putrefactos.

A varios se los podía reconocer; a otros por su estado, ya no. Vimos dorados, sábalos y viejas del agua, cubiertos por las moscas y algunos semicomidos por carnívoros.

Es difícil saber quién había cometido semejante atropello contra los peces. ¿Por qué lo hizo? ¿Para qué los sacó de su habitat?

No habrá pensado aquel depredador en la agónica muerte de un pez, fuera del agua.

El impacto fue grande para los chicos. Pudieron comprobar en la práctica la acción dañina de algunas personas.

Nuestro rumbo giró hacia unos bañados, donde crecían las pajas bravas. Estas plantas de hojas largas, rígidas y de bordes cortantes, no perdonan en hacer algún tajito en la piel del desprevenido naturalista.

Nos internamos por los charcos, tratando de llegar a un estero cubierto de juncos.

En las partes más profundas, sobre la superficie del agua, se veían las flores amarillas del "hydrocleis", mientras que los arrugados helechitos del agua, las apretujadas "salvinias" y las hojas redondeadas del "limnobiun", formaban un tapiz multicolor. Algunos de los chicos se habían mojado más de lo aconsejado, pero tal vez esto no tenía demasiada importancia, frente a todo lo que veían y aprendían.

Uno de ellos emitió un grito fuerte, mezcla de susto y sorpresa, al ver que sobre unos juncos, tomaba sol una yacaní. Esta culebra de piel amarillenta con manchas oscuras, es ágil y a veces se torna agresiva. Es de hábitos acuáticos y se alimenta de batracios y de roedores.

Todos la miramos, algunos con recelo, pero luego de conocer un poco más de su vida, los temores a las serpientes, se disipan.

Entrando unos metros en la laguna, vimos cómo nadaba un quiyá o coipo, que distraídamente subió a una plataforma de vegetales, para asear su pelaje. Este mamífero roedor, se alimenta de vegetales, es buen nadador y buceador.

Su actividad mayor la desarrolla durante la noche, pero no es raro verlo en las horas diurnas.

Al notar que las horas de luz desaparecían y las expectativas despertadas en los niños estaban satisfechas, volvimos al pueblo.

Esa noche, algunos de los chicos hablarán contando a sus familiares las vivencias recibidas y a otros, en sus sueños, les aparecerán los animales que estuvieron observando.

De cualquier manera, consciente o inconscientemente, habrá quedado en ellos una enseñanza naturalista.

"La convivencia y la armonía entre el hombre y los animales no tiene que ser interferida. Nunca cortemos los eslabones que nos unen".

EL MIMETISMO DE LOS GALLITOS

El mimetismo es la propiedad que tienen algunas plantas o animales para pasar desapercibidos, ya sea por su color, sus formas, actitudes o posturas con el ambiente que los rodea.

He comprobado que en las aves esta facultad no solamente se da en el color del plumaje del ave adulta, sino que también se da con el plumón de los pichones, con los huevos y también en ciertos casos con el nido.

Por el norte de Santa Fe, metido en una laguna con el agua hasta la cintura, rodeado por la vegetación acuática, llamaban la atención los exagerados gritos y movimientos que realizaban una pareja de gallitos del agua o jacanas.

Estas aves de patas y dedos largos, tienen vistosos colores en la cabeza y además poseen un espolón en el ala. Son muy comunes en los ambientes acuáticos del norte del país.

Aquellos que las conocen y a medida que profundizan en sus costumbres, tienen por fuerza que simpatizar con ellas.

No solamente por su aspecto físico son llamativas, sino que también sus características etológicas son interesantes.

Recuerdo que encontrar un nido fue todo un acontecimiento. Sus tres o cuatro huevos pardo amarillento con líneas negras, ubicados directamente sobre la vegetación acuática, hacen que los mismos pasen inadvertidos, quedando mimetizados.

Aquellos gallitos con sus increíbles ceremonias de distracción, por momentos me confundieron y lograron su objetivo, el cual era: ocultar a sus pichones.

La primera vez me desorientaron, pero precavido de esta artimaña, cambié mi forma de proceder.

Al ver una pareja en esta actitud, fijé mi vista en cierto lugar, sin distracción y logré burlar a los gallitos. Sabía que perdido entre los repollitos y dentro del agua estaba un pichoncito. Este, semisumergido, dejaba solamente el piquito fuera del agua para respirar, permanecía inmóvil.

Con ambas manos levanté agua, vegetales y pichón. Mi curiosidad, mi interés por ver, fueron muy fuertes, pero instantáneamente reaccioné y me di cuenta de lo que estaba haciendo. Los padres desesperados, gritaban a más no poder. Deposité todo en su lugar y me alejé de ahí. Desde la orilla, con los prismáticos continué observando el lugar. Vi como los padres fueron a buscar a su hijo. Ahí recién comencé a tener noción de mi imprudencia.

¿Quién soy para cometer semejante atropello? ¿Por qué me metí a importunar en la vida familiar de los gallitos?

Al continuar con la observación escuché que los gritos cambiaban de tonalidad y se hacían diferentes a los de alarma, lo mismo que los movimientos que poco a poco se fueron serenando. Mi asombro fue mayúsculo cuando vi que como por generación espontánea, aparecieron entre la vegetación otros tres pichones.

Con movimientos pausados los adultos fueron reuniendo a su prole y reapareció la calma. Padre y madre continuaron explicando a sus hijos como tomar los microorganismos que forman parte de su dieta.

Continué oculto, mirando la tierna escena, cuando nuevamente los gallitos adultos, dieron otra vez la voz de alarma.

Pensé que me habían visto, a pesar que estaba muy quieto y bien tapado por el follaje.

Los gritos aumentaban y comencé a sospechar que otro era el motivo de tanto alboroto.

Con los prismáticos enfocados sobre los repollitos, rastreaba metro por metro el área donde andaban los pichoncitos, hasta dar con lo que alarmaba a estas aves.

Una curiyú o boa acuática asomaba su cabeza entre las plantas. Este reptil, se alimenta de peces, pero también de otros animales, a los que captura por sorpresa.

Los gallitos sabedores de esto, se desesperaban por defender a sus hijos. Sé que es la ley de la vida en el reino animal, pero no podía soportar aquello. Me metí en la laguna a espantar al intruso. A los pocos minutos quedaron en mi vista, solamente los gallitos grandes. Los pichones y la víbora habían desaparecido.

Esta vez los pequeños se salvaron, pero son muchos los peligros que los seguirán acechando hasta llegar a grandes.

EL LOCO DE LA BICI

Algunos años atrás, en un torneo de tenis, entre partido y partido, se me acercó un joven alto y de pelo ondulado.

-¡Hola, soy Sergio! Vine a esta ciudad con la idea de jugar y de conocerlo a usted.

Contesto: ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

-Bien, responde.

¿Cuál es tu interés en hablar conmigo?

-Mire señor, a mí me gustan las aves y en general toda la naturaleza.

Cuando aparentemente íbamos a comenzar un diálogo, el árbitro del torneo lo llamó a jugar.

Al término del mismo lo invité a mi casa y ahí sí, por varias horas, entramos en el tema que teníamos en común, las aves.

Me contó sobre su forma de mirarlas en el campo, de sacar fotos y de sus conclusiones.

Las horas pasaron y volvió a su Morteros natal.

Al tiempo comenzamos a escribirnos y lentamente fue creciendo nuestra amistad.

Un día de verano lo fui a visitar y me mostró sus escondites para la observación de las aves.

Tenía una carpa construida con lona, armada en una estructura de cañas, pero lo más curioso de todo esto es que llevaba "puesta" mientras pedaleaba en su destaralada bicicleta.

Esto llamaba la atención de los lugareños y los que lo conocían, lo apodaron "el loco de la bici".

A Sergio nada de esto le molestaba, sus ideas eran claras, sabía lo que quería y dentro de su mundo, pedaleaba y pedaleaba en busca de un buen lugar de observación.

Cierto día, luego de estar escondidos varios minutos, entre unos matorrales para mirar como un pajarito traía comida a sus pichones, los mosquitos nos tenían a mal traer. Vi como Sergio solamente los espantaba. Pregunté por qué y me respondió: son seres vivos.

A tal punto había llegado su evolución con relación a la vida ajena, que ¡ni a los mosquitos mataba!

Mientras descansábamos, comimos unas manzanas y hablando de diversos temas, le comenté lo que me había pasado varias veces con los comerciantes de pájaros.

Regresando de un viaje por el norte del país, en la orilla de la ruta, había un vendedor de pájaros. Así comenzó mi monólogo.

Como nunca soporté el encierro y siempre viví en libertad, igual criterio apliqué para la vida de los animales. Las aves son las más fáciles de enjaular y de transportar; son las que sufren una mayor presión por parte de los cazadores.

De esta manera, al ver esto, paro, compro las aves y las suelto. Aquí se presentan dos teorías, la expuesta y la de los que sostienen que al no comprar, no hay venta y esto desalienta la caza.

Pocas personas saben las atrocidades que se cometen con los pájaros. Son capturados con tramperas, o sacados de pichones de sus nidos, atrapados con redes y lo que es peor, con palitos o alambres engomados con sustancias pegajosas, que al pisar quedan pegados. En estos casos al ser liberados se le salen muchas plumas y a veces hasta se quiebran sus huesos.

Luego son puestos en míseras jaulitas, o por cuestiones de espacio, amontonados en espacios reducidos para ser transportados. Se estropean, sufren, mueren muchos.

En oportunidades me tocó hacer la suelta de cientos de pájaros decomisados por los organismos oficiales. Qué felicidad ver a estas aves volar libres nuevamente y qué placer cuando terminábamos la tarea destruyendo las jaulas y los demás elementos de tortura para estas criaturas.

A mí también todo esto me da mucha bronca. Es algo indignante, atinó a decir Sergio.

Martín, pregunta Sergio, ¿nunca viste monos en venta?

Sí, pasando la ruta 11, al norte de Villa Ocampo, exhibían a pocos metros de la ruta dos ejemplares. Esto lo pude ver cuando fui hasta Puerto Piracuacito a estudiar las costumbres de unas gallinetas.

Estaban asidos de sus colas, por dos lugareños. Los mismos se pendulaban, tal vez pidiendo libertad.

Pero lo triste de esta venta, es saber cómo los cazan. ¿Tenes noción de cómo lo hacen?, pregunto a Sergio.

-No, Martín, responde.

-Ah, sabes que matan a la madre.

-No lo puedo creer.

-Sí, estos monitos mientras son pequeños se desplazan prendidos del pecho materno. Para atraparlos tienen que hacer caer al adulto de un balazo y así capturan al pequeño.

¿Qué te parece?

Las personas que compran estos monos, no saben la atrocidad que se cometió para su captura.

A medida que nos fuimos conociendo más y más, nos dimos cuenta que teníamos varios puntos en común. Por ejemplo, respetar la vida animal y vegetal.

LA NIÑA CIEGA

Entre las muchas charlas desarrolladas, tratando de mostrar a los niños nuestra flora y fauna, se presentaron situaciones de diversa índole.

Algunas jocosas, como la vez que expliqué y mostré una araña "pollito" y dije que por grande e impresionante que parece, no es venenosa. A mi lado había una pequeña niña que quedó impactada con esto y luego cada fotografía que pasaba me preguntaba si lo que estaba viendo "era venenoso"; no importaba si se trataba de un zorro o de una paloma.

También recuerdo a otro niño que al ver una tortuga, comenzaba a contarme en voz alta que él tenía una, y al ver un lorito, que un vecino tenía uno y así sucesivamente, de tal manera que no me dejaba concentrar, pero no podía defraudarlo en sus inquietudes.

De tal manera que por un lado explicaba a todos el audiovisual y con ellos en voz baja manteníamos otro diálogo.

Con el correr de los años pasaron cientos y cientos de chicos, cientos y cientos de anécdotas, todas en general confortables o a veces incluso reideras.

Pienso que la misión de enseñar, el mensaje de educar estaba cumplido en cada exposición.

Una mañana de invierno, en un pueblo del noreste de la provincia de Santa Fe, comencé con un nuevo ciclo de conferencias.

Fui primero a una escuela del "centro". No salí conforme de este lugar. Los maestros no prestaron demasiada atención a mis explicaciones y esto se transmitía en la mala información y educación de sus alumnos.

Con cierto pesar, dejé la escuela para ir al establecimiento del "barrio". Aquí se destacó una maestra muy atenta. Con los años de andar en estos menesteres, rápidamente olvidé lo anterior y con nuevos bríos enfoqué la reunión.

Luego de mostrarme la escuela, me contaron sobre sus actividades y de sus penares, nos fuimos a un aula, para la proyección del audiovisual.

Antes de comenzar, cuando ya todos los alumnos estaban casi listos para escuchar, una maestra se me aproxima y me dice: esta alumna es ciega, estará cerca de usted, para escuchar mejor.

-Sí, contesté, no tengo inconveniente.

La señorita Marta, comenta que la niña se desempeña muy bien. Camina sin ayuda y está casi en iguales condiciones que sus compañeros.

Concentrado en explicar las fotos a los chicos, olvidé momentáneamente esta circunstancia. Cuando terminé, muestro a los oyentes la forma de dar de comer a los pájaros y también cómo hacer los nidos para su reproducción. Los nidales que exhibía eran de madera, les doy sus medidas y formas y otra serie de elementos a tener en cuenta.

Los alumnos comienzan a retirarse. Quedaron por último la maestra y la niña ciega. La primera me pregunta si la niña puede tocar los nidos que había mostrado. Contesto que sí. Pero, grande fue mi sorpresa cuando la alumna, con un gesto de malestar, rechaza esa inquietud. Con buen tino la maestra lleva a la chica al patio.

Termino de acomodar mis bártulos, cuando aparece la maestra para decirme: sabe usted que la reacción de esta niña se debe a que hace unos días me manifestó que "está cansada de ser ciega".

Pasaron unos minutos hasta que más o menos reaccioné, incluso sin poder razonar algo coherente. El impacto en mis sentimientos fue tremendo.

En esta escuela, los niños de escasos recursos, almuerzan en ella. Fui invitado a compartir la comida con ellos.

Otra maestra me manifestó que había varios chicos muy interesados en saber algo más de la vida de las aves.

-Sí. ¿Qué quieren saber?

Luego del postre, fuimos a un aula y ahí saltaron sus interrogantes, que estaban centrados en las migraciones.

-El tema es realmente interesante, les manifiesto.

-Muy bien, pregunten.

Luego de una pausa, Marcelo, un flacucho de ojos vivaces, rompe el fuego.

-Señor, ¿qué son las migraciones?

Las migraciones fueron un verdadero misterio durante muchos años. La circunstancia que las aves desaparecieran de determinados lugares en algunas estaciones del año y volvieran a aparecer en otras épocas, quedó develado al descubrirse que las aves migran.

-El diálogo continúa. Sí, ¿pero qué factores intervienen?

Dependen principalmente de factores hormonales. Terminada la época de reproducción se produce un reposo sexual y se trasladan a sus zonas de invernada.

Terminada ésta, emprenden el regreso a sus lugares de cría, donde encuentran una duración del día apropiada para el desarrollo sexual. Comenzando un nuevo ciclo.

¿Cómo se orientan?

Se vio que aquellas que viajan de noche se orientan por las estrellas y las diurnas por su vista y por el sol. Tanto en uno como en otro caso, pueden desorientarse en los días nublados.

Tienen trazadas sus sendas o rutas de migración; de éstas solamente se desvían cuando encuentran fenómenos adversos o bien obstáculos artificiales.

Si son sorprendidas en sus vuelos nocturnos por fuertes vientos que las llevan mar adentro o si se desorientan por los rayos luminosos que proyectan los edificios, torres de televisión y focos reflectores.

El desgaste físico que sufren en estos viajes es muy grande, para eso acumulan reservas grasas y de esta manera pueden sobrevivir al esfuerzo. Muchas mueren por agotamiento o por chocar contra obstáculos.

Con estas respuestas los niños quedaron satisfechos. Agradecieron la atención y me despedí hasta la próxima.

En el camino de regreso, la soledad dentro del auto, las horas y los kilómetros, permitían la meditación.

Comencé a pensar en aquella niña de 12 años que anhelaba ver.

Esta niña no podía compartir los mismos juegos que sus compañeros, no podía leer los libros, ni disfrutar los colores.

Con el correr del tiempo, quién sabe qué se irá desarrollando en su interior. Ojalá que aquella charla haya permitido recrear en su mundo alguna visión de sentimientos y de paz espiritual.

Dios ayude a esta niña, que no ha tenido la suerte de otros, pero tal vez con su temple y su fuerza se constituya en un ejemplo.

DON JUAN

Un verano recorrí los montes de La Gallareta, acompañado por Aldo y por dos chicos de corta edad, muy conocedores de la zona y de los animales.

El hermano de Aldo era maestro en una escuela rancho ubicada en la orilla del camino y lindante con el bosque, lugar en cuyo patio armamos la carpa. Aprovechamos para caminar las primeras horas de día por lo fresco del ambiente. Luego el calor tornaba pesado el andar.

La región es pródiga en animales, a pesar que ya sufrió la presión de los cazadores, de los "deportistas" y de los comerciantes.

Eran abundantes el guazuncho, el gato montés, el puma, las mulitas y peludos, las iguanas, los zorros; variedades de pájaros.

En un claro del monte, oí el grito lastimero y chillón de una rana. Me acerqué, cámara en mano, para ver que sucedía y vi como una culebra verde la devoraba. De ésta solamente quedaba fuera de la boca de la culebra, las manos y la cabeza. En segundos, las fauces del reptil se agrandaron, dos o tres veces su tamaño normal para permitir el paso íntegro del batracio al interior de su cuerpo.

Fue una escena chocante. En varias oportunidades había socorrido al más débil, así fue como salvé a pichones de aves que estaban a punto de ser consumidos por otros animales, pero en esta oportunidad la rapidez de la acción no me lo permitió.

De alguna manera con el tiempo fui comprendiendo que estas acciones son naturales, forman parte de las llamadas "cadenas alimentarias". Esa ranita, posiblemente había consumido un insecto y éste algún vegetal, dando lugar al origen de la cadena y para finalizar es muy posible que el reptil fuera a parar al estómago de una rapaz.

Si esto se da en una forma natural, hay que aceptarlo. Son las reglas de juego. Pero, el problema se presenta cuando el hombre corta alguno de estos eslabones, y se produce un desequilibrio ecológico.

Uno de estos ejemplos se da con la eliminación de aguiluchos, de lechuzas y de lechuzones, los enemigos naturales de lauchas y de las ratas. Las fumigaciones o la muerte directa de esas aves, las han llevado a que actualmente sean escasas, favoreciendo la proliferación de los roedores.

Continuamos con nuestra caminata, hasta encontrar en un hueco de un ombú, de donde salía un olor nauseabundo, dos pichones de jote. Estaban cubiertos de plumón grisáceo y toda la base del nido tapizada de acuosas materias fecales blanquecinas.

Cerca del mediodía regresamos al rancho donde vivía don Juan, el padre de los chicos. En una habitación, construida con barro y pajas, vivían él, su esposa y sus seis hijos.

Con la generosidad que caracteriza al hombre de campo, nos invitó a almorzar. Había preparado un cordero asado. En aquel patriarcado, todo era atenciones para con nosotros. Solamente él, Aldo y yo, nos sentamos a la mesa. La señora quedó en un pequeño fogón y los chicos rondaban la mesa, esperando que el padre de tanto en tanto les alcanzara un trozo de carne.

Por momentos, los chicos parecían animales peleando por un hueso con carne.

Cuando lo tomaban disparaban, evitando que otro se lo quitara y así mientras uno de ellos trepaba a un árbol, el otro detrás de unos arbustos, cada cual cuidando su bocado.

Las que sí compartían nuestra mesa eran las gallinas, algunas muy ágiles para subir y picotear, entre las piernas soportábamos el acoso de los perros y como para completar el panorama, el loro hablador balbuceaba palabras pidiendo su porción.

Así transcurrió nuestra comida. No podíamos hacer ni decir nada frente a esta situación. Juan mandaba, comía, bebía, hablaba, se reía. Para el resto del grupo familiar esto era normal, es la forma en que ellos viven.

Juan era bondadoso con las visitas, lo poco o mucho para él, si había que cederlo lo hacía.

Para ciertas personas en estas condiciones, a pesar de ser de escasísimos recursos, se brindan por completo hacia las visitas. Contrariamente a los que poseen riquezas y son mezquinos.

Algunas veces, conocidos de buen pasar, me decían: qué suerte que tenés, vos podés andar por los campos, los montes y las montañas. Interiormente me preguntaba ¿y ustedes? ¿Por qué no se desprenden un poco de las cosas materiales, de sus enojos, de sus rencores y penetran algo en la vida espiritual?

Nos llevaríamos mejor en este mundo si cada uno cediera sus egoísmos, ciertas cosas serían más equitativas. Esto no va para mí, si para otros.

De esta manera elevaríamos el nivel del que siempre fue postergado, el que tiene tanto viviría igual muy bien y así se llegaría a una vida armónica y más equilibrada.

Aquel hombre, dentro de su ignorancia, de su primitivismo, vivía en estrecha comunicación con la naturaleza.

Al regresar al año siguiente, todo seguía igual, pero sabedor de la situación llevamos calzados y ropas para los chicos.

Don Juan nos recibió con su amabilidad de siempre y muy alegre nos contó la novedad que su esposa estaba esperando un nuevo niño.

"Mirar y contemplar a los animales te dará satisfacciones. Si los conoces comprenderás su vida. Si la comprendes los respetarás".

ALEJANDRO, EL GALENO

Entre las varias cartas que recibí, había una en la cual un médico de Rosario me preguntaba si podía recibirlo, pues quería saber algo sobre una reserva natural que está en la ciudad de Esperanza.

Contesto que sí, dando la fecha del encuentro.

El 22 de agosto de 1983, al abrir la puerta aparece Alejandro, así se llama el galeno rosarino. Luego de la presentación e intercambio de palabras, al entrar en tema, me di cuenta que este doctor no conocía demasiado sobre plantas y animales.

Contó que se había criado en una ciudad, que nunca había estado en contacto con el campo y que ya de grande, luego de vivir dos años en los Estados Unidos y visitar los parques nacionales, quería saber algo más de la naturaleza.

A partir de aquí comenzó a descubrir un nuevo mundo, el de los seres alados.

Recorrimos la reserva y a las pocas horas retorno a su lugar de origen.

A las dos semanas volvió a escribir para hacer algunas consultas y así fue naciendo entre nosotros una gran amistad.

Alejandro, por su bonhomía, por su educación y su simpatía, fue conquistando adeptos para la observación de las aves, formándose así un grupo con el que compartí muchas horas.

Un día nos encontramos en un lugar, al mes siguiente en otro y así entre gratas conversaciones intercambiábamos conocimientos.

En varias oportunidades no pude acompañarlo, pero el grupo salía al campo, siempre capitaneado por Alejandro, Quien rápidamente fue haciendo experiencia, a veces, no sin que la naturaleza le jugara alguna mala pasada, como cuando quedaron tres días dentro de la camioneta porque un temporal de lluvia no les permitió desarrollar su rutina.

Cuando me contaban las peripecias de sus viajes, me daba cuenta del tesón, de la voluntad de ese hombre para continuar con sus inquietudes. Dentro de la ornitología su especialidad es la grabación del canto de los pájaros.

En pocos años adquirió los conocimientos suficientes para desplazarse por los diferentes ambientes, como así también en la calidad de sus registros.

Al verlo trabajar reflexionaba sobre aquellos que sostienen "estoy viejo para hacer esto" o "no, yo no puedo" y otros pretextos más.

Creo que no todas las personas dejan el bienestar, su vida en familia, para ir a meterse en los montes, lagunas y pantanos para estudiar a las aves. Sin embargo, Alejandro lo hizo.

Puso voluntad y de la nada llegó a dominar el tema. Además, se transformó en un maestro para sus acompañantes, sus férreos y fieles amigos, los que durante tantas horas han compartido momentos agradables y de los otros.

En un principio, Ale viajaba acompañado de su pequeña hija Mariana. Esta linda rubia de unos 12 años, se interesaba por las aves, un poco por curiosidad y otro poco influenciada por su padre.

En el campamento preguntaba y opinaba sobre lo visto durante el día. Una noche, antes de la cena comentó sobre un nido que habíamos encontrado, el cual tenía huevo más grande y distinto de los otros. Alejandro da la siguiente explicación: no todas las aves hacen nido e incuban a sus huevos. Algunas son parásitas. Buscan hospedante y ahí los colocan. En nuestras aves se presentan dos casos. En unos, una vez que el ave parásita deposita el huevo en un nido ajeno, se despreocupa de la incubación y de la cría de sus pichones, que corren por cuenta del verdadero dueño del nido. Esto sucede con el Crespín y con el Morajú o Negrucho. En el otro, una vez puesto el huevo por parte de la especie parásita, solamente se lo incuban. El pichón al nacer está en condiciones de alimentarse solo, esto se ve con el pato de cabeza negra. En realidad es así, y se ha visto que este pato coloca huevos en nidos de aves que no tienen nada que ver con la familia de los anátidos. Por esto ocupa nidos de gaviotas, de gallaretas, de otros patos, de carao y hasta del caracolero.

El morajú parasita a muchas especies de aves. Se pueden encontrar uno o varios huevos de esta especie en un nido. El dueño del nido no se da cuenta de que está incubando huevos ajenos y, cómo si esto fuera poco, el pichón del morajú nace fuerte y unas horas antes que los pichones del dueño del nido. De tal manera que comienza a acaparar toda la comida, se hace más fuerte y casi siempre queda como único hijo.

En cierta oportunidad, cerca de un arroyo, encontré varios nidos de una monjita. Casi todos estaban parasitados. Cada dos o tres días los observaba y comprobé que de un total de 45 huevos que habían puesto las monjitas en los diferentes nidos, solamente pudieron criar dos o tres pichones. El resto de los huevos se perdieron, se rompieron, los abandonaron o criaron algún pichón de morajú.

El crespín, es otras de las aves parásitas. En general lo hace en los nidos de espinas de los pijués o del curutié.

Aquí también, luego de nacer, el pichón del crespín, que tiene un cuello fuerte, maltrata y mata a los pichoncitos del dueño del nido.

En estos casos de parasitismo se dan situaciones jocosas, cuando se ve a las tacuaritas, a los pijués (aves muy chicas) alimentando a sus hijos adoptivos, que son más grandes que ellos.

Terminando la explicación de Alejandro, intervengo para acotar que quién sabrá cuáles son las fuerzas, las condiciones o los sentidos que actúan sobre las aves que parasitan. Cómo hacen para localizar el nido a parasitar, a veces éstos están muy ocultos, o cómo saben cuándo es el momento oportuno de colocar su huevo, cómo saben qué especie le puede criar sus pichones y cuáles no.

Así es de misteriosa la naturaleza. Aquí también nos parecemos los humanos y los animales. Están los trabajadores y los haraganes.

Casi a la medianoche, nos fuimos a dormir. Los tres en la carpa buscamos la ubicación correcta para no molestarnos y nos entregamos al descanso.

No se sabe bien a qué hora de la madrugada, se escucharon fuertes gritos de Mariana. Con Alejandro nos despertamos sobresaltados. No sabíamos que pasaba. Vimos a Mariana sentada sobre la colchoneta, semidormida y muy excitada.

Sentimos ruidos fuera de la carpa. Tomamos la linterna y salimos a ver. Ahí nos dimos cuenta del motivo de los temores y susto de Mariana. Habíamos armado la carpa, justo en el lugar donde un grupo de caballos tenían su dormitorio.

Estos animales al ver ocupado su lugar, estaban intranquilos y venían a observar qué era esa construcción allí instalada.

De cualquier manera, aquel sobresalto nos desveló y solamente con un intercambio de palabras, fuimos acortando el resto de la noche.

POR PAMPA DE ACHALA

Con Alejandro, Roberto y Eduardo decidimos encontrarnos en las sierras cordobesas, para disfrutar de dos o tres días de nuestra pasión, las aves.

Dos de estos destacados amigos y ornitólogos vinieron de lejos. Alejandro de Rosario y Eduardo de Bariloche, Roberto de muy cerca, Villa General Belgrano.

En mi autito y con la camioneta de Ale, trepamos lentamente por el cambiante camino hasta llegar a la región de El Cóndor.

Con las últimas horas de luz y ya con el silencio de la noche que se nos venía encima, alcanzamos a organizar a medias nuestro campamento.

Un fuerte viento sur, frío y por momentos con lloviznas hacía más dificultosa nuestra tarea.

A Eduardo, el encargado de hacer la comida, esto no lo afectaba. Su cuerpo estaba acostumbrado a estas inclemencias, pero a los demás, sobre todo a Ale y a mí, acostumbrados al calor, si nos molestaba.

Con unas pocas leñas y con materias fecales secas de vaca, Eduardo procuraba encender el fuego. Mientras luchaba por ver las primeras llamas, salió la carne y pidió a Roberto la parrilla. ¡Oh sorpresa! había olvidado este elemento.

La llovizna ya humedecía todo, por momentos, alternaban humo y llama, con predominio de uno u otro.

Como nadie quería perder el asadito, había que usar el ingenio para suplir el olvido. En uno de los vehículos había unos trozos de alambre, con esto y unos palos, un machete y unas piedras, se improvisó algo parecido a una parrilla, endeble, tembleque, pero que pudo soportar por un rato, la carne hasta su cocción.

El frío ya no permitía continuar al aire libre. Nos metimos en la camioneta, la cual en su parte posterior estaba carrozada y en su interior se armó una mesa. Cómodamente cenamos y pasamos momentos gratos, hablando de pájaros, anécdotas y de diversos temas.

Nuestros cuerpos comenzaron a acusar el trajinado día. Algunos bostezos, las pausas, los silencios, nos estaban indicando que debíamos ir a dormir.

Creo que los cuatro teníamos un sólo deseo, que el día siguiente fuera lindo. Pedíamos el sol, la calma, para poder trepar, andar y desplazarnos por todos los rincones que nos brindaban las montañas en este pintoresco lugar.

No fue así. Con las primeras luces de la mañana vimos que todo seguía igual. Los días en estas condiciones no son los óptimos para disfrutar del contacto con la naturaleza, y menos para ver aves. Estas están quietas, ocultas, no cantan.

Al reparo de unas rocas, prendimos el calentador, para preparar un rico y calentito mate cocido. Todo iba bien, ya estaban listos los jarros, el azúcar, las galletitas, pero ¡Oh sorpresa! no había colador (y ya iban dos olvidos).

Fue difícil tomar aquel mate con tantos palos y borra de yerba, pero a falta de pan, buenas son las tortas.

Las "cargadas" para Roberto, el encargado de llevar estos elementos, fueron constantes. Solamente nos con-testaba con una sonrisa, como diciendo "me están gastando".

Roberto y Alejandro son dos especialistas en grabaciones del canto de las aves y Eduardo es un buen fotógrafo.

Cerca del mediodía, cuando el sol con gran esfuerzo quería asomarse, por entre la bruma, nos dispersamos por una quebrada.

Los que graban, se alejan solos, para evitar que los ruidos extraños se filtren en sus grabaciones y arruine los cantos y gritos registrados.

Los sofisticados aparatos, con sus micrófonos direccionales, captan hasta el susurro de un mosquito, por ellos piden silencio.

Al rato de andar, me encuentro con Eduardo que me comenta los pájaros que vio y yo los míos. Sin darnos cuenta, y tal vez por la acústica del lugar, nuestras voces se magnificaron y fueron tomadas por el micrófono de Roberto. A los pocos minutos sentimos un chistido de aquel, indicándonos que nos calláramos, que todo lo que decíamos ya estaba en el grabador.

Pedimos las disculpas del caso, nos separamos y cada uno continuó su camino. A partir de aquí, aprendimos a mirarlo de lejos y hacer alguna seña antes de hablar.

Vimos muchos pájaros, algunos poco conocidos para nosotros, excepto para Roberto, quien satisfacía nuestros interrogantes.

Notamos aquí cómo las aves de estos hábitat ocupan las grietas y los huecos entre las piedras o pircas, o en los puentes, para tener un seguro refugio para dormir o para sus nidos.

Al regresar, pasamos por la casa de Roberto. A poco de llegar recriminó a su esposa Marta no haber colocado en su maleta de viaje, ni la parrilla y ni el colador.

La amable Marta contestó con una sonrisa, todos comprendimos quién era el "olvidadizo"

EL ENTERRIANO PARLANCHÍN

Al comenzar a estudiar las aves de Entre Ríos y transitar por los diferentes caminos, vuelven a mi memoria varias etapas de las vacaciones de mi niñez.

Con mis padres y con mis hermanos todos los años, durante 15 a 20 días visitábamos a los tíos que vivían cerca del río Uruguay.

Con los primos, durante todo el día jugábamos, caminábamos y correteábamos por los campos. ¡Cómo me gustaba acompañar a los tíos a juntar los huevos de las gallinas y qué susto nos daban! Salían gritando de sus niales, o bien otras veces, cuando estaban cluecas, no querían salir, y nos tiraban picotazos. También nos llenábamos de piojillos. Pero, qué importaba todo esto? La felicidad era muy grande.

En un viejo carro nos llevaban a visitar a ancianas tías abuelas. Estas descendientes de inmigrantes europeos, siempre tenían para nosotros, bolsas con juguetes.

El tío Romang nos mantenía atentos con sus payadas, sus relatos y sus exagerados cuentos.

El cansancio no nos vencía por la noche. Quedaban ganas para alguna broma. Como en la que un primo de mayor edad, se disfrazó de fantasma y nos tuvo a mal traer durante varias horas o cuando nos quedábamos a jugar con las cartas o a leer.

Nuestros padres con el antiguo Ford A, nos trasladaban de un lugar a otro. Con este vehículo éramos casi invencibles.

Ningún terreno nos detenía, excepto aquella vez que por un error de cálculo nos metimos en medio de una laguna.

Nuestros tíos nos llevaban de tanto en tanto al "boliche". Ellos, como algunos parroquianos, tenían una particularidad, cual era, la facilidad para exagerar, para desvirtuar la realidad, para desarrollar su imaginación y lógicamente para inventar cuentos.

Esta vida sana, pura, hacía que estas personas vivieran francamente sus sentimientos. Cada uno contaba su historia, cada uno tenía su creatividad para el relato, cada uno tenía su "mentirita".

Con el correr del tiempo, nuestros viajes se fueron haciendo más espaciados. Algunos de los tíos fueron desapareciendo y todo, poco a poco fue cambiando, esfumándose aquella fantasía. Incluso el paisaje se fue transformando. Las arroceras ya no están, los arroyos se secaron, los animales desaparecieron... Con estos recuerdos, y luego de ver unos ñandúes, paré cerca del mediodía en un "boliche" solitario, en la orilla de un monte.

Techo bajo, paredes y piso de tierra. Atendido por un matrimonio. Otra pareja terminaba de hacer sus compras y ya se retiraba.

Pedí algo de tomar y lo único que había para "picar" eran mortadela y pan.

Mientras preparaba estos comestibles, al bolichero le llamaba la atención de quién era yo, qué hacía, cómo andaba por ahí. Al darme cuenta de la situación, le di pie como para que pregunte.

-Así que usted caza pájaros?, preguntó.

-No, los estudio, respondo.

No entendió muy bien qué era esto, ni para qué servía. De cualquier manera, entablamos un diálogo. No sé si para bien o para mal. Mientras masticaba mi primer bocado, le di tiempo suficiente para que comenzara con su casi monólogo. Para colmo de males, con mi interés de saber algo más de la fauna de la zona, le pregunto si por ahí había muchas Coloradas. Me dice: ayer fui a probar la escopeta 12, herí mal varias (y explicaba cómo caían). Continué preguntando ¿por aquí hay víboras yará? Sí hay, días pasados salí al campo y para probar el revólver 32 largo, maté un hembra. Le pegué en la cabeza (también dio detalles del tiro y demás). No me gustaban demasiado las costumbres de ese señor, y sin darme tiempo, continuó. Mire don, hace unos 10 días, para probar la carabina 22, le tiré a un Ñandú macho. Con una sola

bala le traspasé la cabeza (y las consabidas explicaciones de cómo se desplomó y cómo pataleaba). Este último relato colmó mi paciencia. Pagué y me fui. Al continuar el viaje, me preguntaba ¿será verdad? lo que me contó este señor o es su inventiva. Si es cierto, que mal me hace, pero si no es cierto, qué divertido ¿no? Y aquí, tal vez para mi consuelo, nuevamente vuelven en recuerdo los cuentos de mis tíos, aquellos que con sus inocentes relatos, vivían despreocupados, con una vida espiritual franca, sincera, tal vez cercana al infantilismo, donde se divertían grandes y chicos.

LOS ANIMALES HOGAREÑOS

El hombre subyuga a los animales. A los que están en las últimas escalas (inferiores) directamente los ignora. ¿Quién va a prestar atención si pisa una lombriz o aplasta una cucaracha? Al subir en la escala, se presentan diversas situaciones, pero también maltratan a los domésticos.

¿Quién no vio cómo se castiga a los caballos de tiro, a los que están domando o a la vaca que se empaca? El hombre, aprovechando su condición de ser "racional" impone las reglas de juego y domina.

Entre los muchos momentos que pasé con los animales, he comprobado como éstos, con buenos tratos poco a poco, aceptan la convivencia humana. Recuerdo una gata que rondaba nuestra casa. Muy arisca, se asomaba de tanto en tanto por la galería, generalmente de noche.

Graciela comenzó a darle un poco de comida, al principio no la aceptaba en nuestra presencia, luego sí. Después de un tiempo, para nuestra sorpresa, sobre un tapial vimos a sus tres hermosas crías. Uno negro, otro gris y el restante gris y blanco. Estos también muy ariscos.

Al ver que nuestros movimientos no eran amenazantes o bruscos se fueron arrimando a comer.

Todos, con su mediano desarrollo, tuvieron la misma suerte que los gatos a esa edad, desaparecen.

La madre los llamó, los buscó por días. Nuevamente la crueldad humana aparece disponiendo sobre la vida animal.

Esta gata, cautelosamente fue aceptando la amistad, principalmente de Graciela.

Al poco tiempo, prácticamente estaba todo el día en la casa, no solamente durante las horas nocturnas.

Comenzó a responder a nuestras llamadas, y así fue domesticándose, tomando tanta confianza, que terminó subiendo por los sillones y durmiendo en las sillas del comedor.

Permitió que se le acariciara, que se la levantara y se podía jugar con ella.

Con esto se demuestra que a los animales, hay que tenerles paciencia, compasión, amor, de esta manera ellos corresponden a los afectos, brindando su inocencia.

Un año atrás, en el alero de la galería había un pequeño hueco. Allí, durante dos años se había instalado una pareja de gorriones.

El macho fue bautizado con el nombre de "Cuí" porque era la onomatopeya de su grito, cuí... cuí... cuí...

Nos dimos cuenta del nido al verlo un día con una pluma en el pico. Era tan chico el hueco que nos parecía imposible que allí vivieran.

Todos los días les dábamos comida y luego Cuí se posaba en una canaleta a cantar y a acomodar sus plumas.

Así transcurrieron los días, hasta que vimos que la pareja iba y venía con gusanitos en la boca. ¡Qué alegría! Habían nacido los pichones.

Todos los días los mirábamos y estábamos pendientes de esta familia de gorriones.

A los veinte días aproximadamente salieron del nido. Eran cuatro. A los padres no les alcanzaba el tiempo para traer comida y cuidar a sus crías.

A pesar de no estar totalmente desarrollados, ensayaban movimientos y pequeños vuelos, para ir fortaleciéndose.

Tres de ellos continuaron por los techos y un día emprendieron su vuelo en busca de nuevos rumbos. Pero uno, posiblemente el más débil, realizó un vuelo hasta una enredadera, a escasos centímetros del suelo.

No nos dio tiempo a reaccionar, cuando la gata oculta debajo de una rama, mató al indefenso pichón.

La reacción fue instantánea. Retos, bronca, indignación contra esa gata que había truncado la vida de un animalito que tanto apreciamos durante días.

Luego, tal vez tratando de justificar o no, llegamos a conclusión que esa gata actuó por instinto. Sí, los animales tienen sus reacciones, sus instintos, nos guste o no. En la escala zoológica se presentan naturalmente.

De cualquier manera sentimos y nos dolió la desaparición del pichón.

UN PASEO POR LAS ISLAS

El ambiente islero tiene, a pesar de sus inconvenientes, un atractivo especial para muchos, pero es recorrido por pocos.

Es necesario para conocerlo a fondo tener vehículo, canoa o lancha, disponer de tiempo y de otros elementos no siempre a mano para un gran número de personas.

Con mi amigo Víctor, habíamos compartido otras experiencias en el campo y siempre añorando un nuevo viaje por las islas, una noche luego de una reunión familiar, decidimos partir.

Víctor, hombre de gran porte, disponía por ese entonces de dos o tres días de descanso y siempre estaba presto a estas salidas. Además, es un ser ideal para las excursiones. Conoce de mecánica, se acuerda de los implementos a llevar, sabe cocinar, es voluntarioso, tiene fuerza y paciencia, no es quejoso y una gran inventiva para contar chistes y cuentos increíbles. Para esto solamente había que estimularlo y al rato su imaginación comenzaba a volar. Es el compañero ideal para la aventura.

Era dueño de una gran canoa. Sólida, fuerte, soportaba fácilmente nuestro peso y el de todos los elementos que llevábamos. Era impulsada por un viejo y fiel Villa (marca de un motor fuera de borda) de pocos caballos de fuerza, pero de largo aliento.

Nuestra lancha navegaba por un manso riacho, la costa izquierda se veía casi desprovista de árboles, no así la derecha, donde la abundante vegetación nos ofrecía un variado matiz de colores, como así también un desparejo nivel en la copa de las plantas.

Los camalotes, algunos estancados y trabados en las orillas, otros dando vueltas en los remolinos o dejándose llevar por la corriente, distraían nuestro pasar.

El vuelo de las garzas, un biguá, un chajá, un grupo de cigüeñas, un palo víbora cubierto por sus blancas flores y un laurel con sus brillosas hojas, iban poco a poco introduciéndose y motivando nuestro interior.

En la rama seca de un gran timbó, caído sobre el lecho del arroyo, por momentos inmóvil y por momentos con movimientos acompasados de la cabeza y de la cola, estaba una matraca o Martín pescador. Observaba atentamente la superficie del agua, esperando el momento oportuno para la zambullida y capturar una mojarrita. Cuando lo consiguió, se posó nuevamente en la rama, y con certero golpe la atontó y la fue acomodando para deglutirla por la cabeza.

En un recodo, una Rosa del río, de rosadas flores, se estiraba evitando tal vez de que el agua la cubra, envidiando la suerte de los repollitos o de los camalotes, que llevados por las corrientes, viajan por los riachos.

Mientras navegábamos los flacos alisos y los curvados sauces, miraban nuestra marcha. Esta era rápida, favorecida por la corriente a nuestro favor.

En un albardón, cubierto por sangre de Drago y talas, descendimos. Nos internamos hasta ver un ceibo cubierto de rojas flores, a la sombra del cual armamos el campamento. En pocos minutos estaba organizado y nos fuimos a caminar por la isla. Un jazmín de flores azuladas y un grupo de senecios de flores blanco-amarillentas, indicaban el inicio de un bañado. Entre las pajas bravas, los pechos amarillos trinaban y por lo bajo, casi a ras del suelo, una monterita entonaba sus notas melodiosas.

Al llegar a un perdido madrejón, los gritos de unos gallitos del agua, despertaron nuestra atención. Estas aves nos habían visto y alertaron a sus pichones.

En el interior de la isla, una laguna de mediana extensión, tenía cubierta su superficie de grandes platos vegetales. Eran irupés, algunos con grandes flores blancas y otros con frutos. Un grupo de patos los cuchareaban y los desgranaban desparramando en el agua sus granos. Gallareta, patos, caraos, garzas y varios pájaros compartían el ambiente.

Los rayos solares, filtrados entre el follaje de un alto y fornido viraró, formaba un conjunto armónico de formas y de colores.

Por un estrecho sendero, tal vez formado por el ir y venir de los carpinchos, lentamente regresábamos al campamento. Acompañados por el aroma de las flores y el trinar de los pájaros.

En el ocaso, la rojiza bola solar tocaba la tierra, la serenidad se adueñaba del lugar y cuando el sol se perdía en el horizonte, llegamos a la carpa.

Cerca del suave calor del fogón, con nuestras caras iluminadas por las llamas, nuestro diálogo con Víctor, rondaba por sentimientos y cuentos.

Nos dimos cuenta de que la tranquilidad y la oscuridad fueron reemplazando al conjunto de ruidos y de movimientos. La luna, con sus reflejos, plateaba la superficie del arroyo, junto con el constante rumor de las aguas y la suave brisa, hicieron que nuestros espíritus se fueran serenando.

Al amanecer, el canto cambiante del zorzal, resonaba por toda la isla, en contraste con el grito agudo y entre-cortado del pacahá.

Ese día pusimos proa a un banco de arena sobre el Paraná. Cruzando la Boca del Yacaré, paraje que da de lleno sobre el gran río, comenzó a soplar un viento sur. A los pocos minutos fue más fuerte y a medio camino, nuestra canoa, era una cascarita que boyaba sin rumbo.

Veíamos el banco de arena al que queríamos llegar, pero el fuerte oleaje nos impedía ese propósito y nos llevaba para aquí y para allá.

Pasamos minutos críticos, el agua nos mojaba y por momentos parecía que la embarcación se daba vuelta. Mientras Víctor piloteaba, yo con ambas manos asía el tarro con el cual sacaba el agua del piso de la canoa.

Durante largo rato luchamos contra las olas. El apacible Paraná en conjunción con el viento, nos habían jugado una mala pasada. Muy mojados y tensionados, varamos en un arenal.

Dejamos secar al sol las ropas y fuimos a caminar. La brisa era aún fuerte, levantando arenilla y obligándonos a entrecerrar los párpados.

Los pequeños chorlitos corrían como bolitas desplazados por el viento y cerca de nuestras cabezas pasaron en vuelos amenazantes algunos rayadores y gaviotines. Al rato, vimos que esta actitud se debía a que tenían ahí sus nidos con pichones. Estos, cubiertos de plumón crema, pasaban desapercibidos entre la arena. Un notable caso de mimetismo.

Luego de unas horas, el viento calmó y emprendimos el regreso. La pobre canoa habrá sentido el alivio de no luchar contra el fuerte oleaje, así como nosotros un menor sarandeo y una mayor tranquilidad.

Al retomar un sereno arroyo, flanqueados de árboles cubiertos de enredaderas y cataizales meciéndose en sus costas, gozábamos con el encanto que tienen las islas.

Dichosos y afortunados aquellos que las conocen y la disfrutan, pero más afortunados aquellos que la sienten o viven, al reparo de su rancho, gozando de la paz de sus secretos y de sus encantos.

POR LA CUÑA BOScosa

Al oeste de Intiyaco, caminando por los montes, me encontraba una mañana. Los primeros rayos solares refractaban sobre las gotas de rocío que cubrían la vegetación.

En la orilla de una aguada, entre varios rastros que quedaron impresos en el barro, de las andanzas de la noche anterior, se destacaban los del puma. Raro ya, pero de tanto en tanto hace sentir su presencia en alguna de las majadas de chivos.

Con el circunstancial acompañante Francisco, transitábamos por los caminitos. Don "Pancho" era un hombre nacido y criado entre los montes, conocedor de las costumbres de los animales y de las virtudes de las plantas, muchas de las cuales no figuran en los libros.

Por más que uno conozca del tema, siempre se aprende algo de estas personas. Es de suma utilidad escuchar sus consejos. Fue él quien me indicó a qué animal pertenecen los rastros que veíamos o de quién eran las diferentes materias fecales que encontrábamos. Me señalaba además las marcas que dejaban los animales en las ramas y en los troncos, tal vez delimitando sus territorios y además era él quien me guiaba por el monte. Sabía yo, que sin su presencia, de ahí no podía salir.

En un claro del bosque, cubierto de pajonales, sorprendió el salto de un guazuncho seguido de su cría. Esta tenía aún su pelaje cubierto de manchas blancas. Fuimos al lugar donde estaba y vimos cómo había

aplastado los pastos, formando una cama y una especie de cueva, la que ocupaba para ocultarse durante el día. Sus hábitos nocturnos no permiten a veces observar muy bien a este vistoso cérvido.

En un grupo de quebrachos colorados, uno sobresalía, por varios metros sobre los otros. En el tronco principal a unos 10 metros de alto, había un hueco en el cual tenían su nido una pareja de calancates. Estos, gritones como casi todos los loros, al vernos dieron la voz de alarma en la zona.

Semicubierto por los yuyos, yacía un gran tronco de quebracho, transformado en madera "campana". La habían cortado en la época de La Forestal, y quien sabe por qué motivos ahí quedó.

Los mosquitos y los jejenes, como en todas las visitas a estos montes, nos llevaban a las palmadas, por momentos no respetan a los repelentes y no podíamos abrir la boca, sin correr el riesgo de tragar alguno.

Al ver la frondocidad de los árboles, la exuberante vegetación, no se puede entender como el hombre desmonta y quema por doquier. Tenemos que pensar que los bosques, los montes y las selvas, desempeñan un papel importante, no sólo por el aporte de oxígeno que realizan sino además porque evitan la erosión del suelo.

Del extremo de la rama de un guayacán, colgaba un nido oscuro, con la forma de una media o de una bolsa alargada. Su entrada en la parte superior y meciéndose con el suave vaivén de la rama. Era un nido del boyero de ala amarilla. Vistoso pájaro negro con una línea amarilla en el ala.

En los matorrales se desplazaba el llora-llora o choro-ró. Pájaro de ojos rojos, que según explica don Pancho, con una sonrisa picaresca, es de tanto llorar.

Nuestras ropas mojadas por la transpiración, está demostrando que el calor era intenso.

Recordó mi acompañante que no estábamos lejos una ranchada (refugio o habitaciones precarias, temporarias o transitorias) de unos hacheros.

Hasta allí llegamos en busca de agua. Don Pedro, a pesar de ser joven, por la primitiva y rústica vida que le tocó llevar, era un ser arrugado, con sus manos llenas de callos y los pies grandes cubiertos de gruesa piel.

Fue muy amable al ofrecernos unos mates y un pedazo de pan. Entablamos un diálogo y a los pocos minutos di cuenta de su grandeza interior, tal vez por estar en íntimo contacto con la belleza que irradiaba la naturaleza pudo desarrollar su vida sin celos, sin envidias y sin rencor.

Nos despedimos, tomando un atajo en diagonal al rancho de Pancho.

En una florida enredadera vimos un picaflor en constante aleteo, que como brasita encendida se desplazaba de flor en flor.

Semitapado por un garabato, una enorme estructura sobre un tronco partido, nos obligó a arrimarnos para ver qué era. Nuestra curiosidad, como siempre, era la que mandaba. Se trataba de un termitero, lugar de las termitas. Abrimos un poco uno de los agujeros de entrada y vimos miles de esos pequeños seres blanquecinos que se desplazaban por el laberinto interior de túneles.

Las termitas roen la madera, con ella o con tierra construyen sus casas.

Unos metros más adentro, algunas matas muy extendidas de caraguatá nos impedían caminar. Sus largas hojas espinudas nos pinchan las piernas y de esto no queríamos saber más nada, porque las curvas espinas de los garabatos nos habían arañado por varias partes.

Como si esto fuera poco, al salir del mogote, tenía prendidas unas cuantas garrapatas, las que una por una y con cuidado, fuimos desprendiendo de nuestra piel.

El modesto rancho de don Pancho, era un "oasis". Con unas pocas leñas puso en funcionamiento la cocina, mientras la oscuridad se acrecentaba.

Las luciérnagas o bichitos de luz con sus luces misteriosas, se prendían y apagaban, el zumbido de los mosquitos y el croar de las ranas, nos iban dando las pautas de la calurosa noche.

Luego de la cena, linterna en mano, hicimos otro pequeño recorrido, para saber un poco más sobre los animales de vida nocturna.

El búho, parado en un quebracho, esperaba el momento para salir a cazar. Es una de las aves que "habla" poco, pero escucha y ve bien.

Lo que sí nos sobresaltó, fue el lastimero canto, parecido a un llanto, del urutaú. Ave enigmática, difícil de ver durante el día. Buscamos poco a poco, en silencio, el lugar de donde provenía ese grito. Por suerte, ya sabíamos de qué se trataba, caso contrario, como sucedió a muchos, es preferible ir en otra dirección. Con el sigilo que impone la circunstancia y conteniendo la respiración, lo ubicamos. Al alumbrarlo con la linterna, lo vimos posado sobre una rama vertical, putrefacto, de unos dos metros de altura. El haz luminoso rebotó contra sus inmensos ojos amarillos, su canto cesó, sus párpados se entrecerraron y sus alas se movieron. Con esto nos dimos por satisfechos y emprendimos el regreso.

LOS JÓVENES NATURALISTAS

Un grupo de personas cuyas edades oscilaban entre los 13 y los 50 años y con disparidad de conocimientos sobre los animales y las plantas, me hablaron para realizar una excursión por el campo.

El objetivo de todos era el de tener contacto con la naturaleza, aunque para algunos era solamente "pasa un día de distracción".

En el lugar elegido predominaban tres ambientes: la pradera, el monte y los humedales. A mí, acompañar este grupo me venía bien, porque en esos días estaba realizando un trabajo de anillado de aves. Algunos colaboraron en la tarea y a todos expliqué de qué se trataba esto.

Es un método que consiste en capturar un ave viva mediante unas redes muy finas y colocarles un anillo en la pata, para ver sus rutas de desplazamientos o sus migraciones. Estos anillos tienen inscripciones y diversos colores. De tal manera que, enviando la información a ciertos organismos autorizados, se puede determinar en qué lugares fueron colocados y de esta forma trazar un posible itinerario del viaje de las aves.

También se pueden colocar estos anillos a los pichones cuando están en sus nidos.

Algunos de los integrantes del grupo quedaron encargados de esta tarea. No era muy difícil lo que tenían que hacer. Había que determinar la especie anillada, colocar el anillo en la pata y anotar el número en una planilla. Tratar al ave con cuidado y soltarla.

Olvíde comentar que antes de llegar a este lugar, al pasar por un área rural, dos liebres en rápida carrera, salieron de sus escondites causando sorpresa. Para otros lo llamativo fueron las iguanas o los peludos. Todo contribuía a la alegría del grupo. Donde sí quedaron estupefactos fue al ver un ñandú macho incubando. Semioculto entre los pastos y desde unos 10 metros de distancia pudimos observarlo. Tenía el cuerpo muy aplastado contra el suelo y el cuello doblado sobre el dorso. No quisimos molestarlo, por lo que nos quedó la duda sobre la cantidad de huevos que podría tener. Esta especie siempre pone muchos huevos en los nidos, a veces más de 20, porque varias hembras los colocan en un mismo lugar y luego es un macho el encargado de la incubación y cría de los pichones.

Al llegar a los esteros, como relaté, un grupo quedó a cargo de las redes y otro se internó en el agua. Una señora de unos 35 años, un poco gordita, insistió en que ella quería entrar al estero.

No es tan sencillo caminar con el agua hasta la cintura, pisando el barro en un suelo desparejo y abriéndose paso entre la densa y pesada vegetación. Esto hace que a los pocos minutos el cansancio ataque. Advertí a la señora, pero fue en vano, quería saber qué había dentro del juncal.

Nos pusimos en marcha, los más jóvenes y fuertes tomaron la punta, formándose una fila india. Los primeros tomaban contacto con los juncos y los últimos ponían sus pies en el agua. Al suceder esto se escuchó un fuerte grito, todos se dieron vuelta para averiguar ¿era la señora! Estaba sorprendida por el agua fría y esto la detenía.

Luego de salir de esta primera sorpresa, seguimos. Los integrantes de la hilera se fueron separando debido a la dispar energía de cada uno. Los juncos, muy altos, no permitían por momentos, ver el entorno.

Al llegar a un claro, un nido de tuyango, nos reunió. Estaban sobre la plataforma de juncos, tres negros pichones con una mancha amarillenta en la parte inferior de la mandíbula. Alguien preguntó por qué eran de ese color, si los adultos son blancos. Esto dio pie para explicar que ese plumaje les dura unos ocho meses y luego van cambiando paulatinamente al blanco.

Cerca de este lugar había unas colonias de garzas blancas, de garzas moras y de brujas. Cientos de estas aves tenían sus pichones. En algunos de los nidos se veían las anguilas y los dientudos, semidigeridos, que les traían sus padres como alimento.

Para no perturbar la tranquilidad de estas aves, por la parte periférica de la colonia, buscamos el centro del estero.

Aquí, libre de vegetación, en el espejo acuático donde los rayos del sol titilaban generando variados reflejos, había una pareja de macáes. Estas aves corrían de un lado a otro sobre el agua, zambullían, salían nuevamente, realizaban una especie de saludo y volvían a zambullir. Emergen con unos trozos de plantas acuáticas, se enfrentan, elevan el cuerpo, mueven la cabeza, baten las patas, arrojan las plantitas y se saludan nuevamente.

Una escena realmente interesante, comentaron...

Sí, efectivamente, se trata de una danza nupcial. Todas las especies de esta familia realizan extrañas ceremonias durante los cortejos. Pero, existen otras curiosidades en la vida de estas aves. El nido es una masa de vegetación flotante. Cuando el ave lo abandona por propia iniciativa, cubre los huevos con trozos de plantas, de tal manera que ningún intruso puede descubrirlos.

Caminamos unos metros más y uno de los jóvenes emite un chistido y hace unas señas con las manos para que miráramos hacia el otro costado de la laguna.

Por allí, como un barquito, nadaba un macá. Su desplazamiento dejaba tras de sí, unas tenues líneas sobre la tranquila superficie del agua. Pero más sorprendente fue ver que en su lomo y por entre las plumas, aparecía la cabecita de un pichón.

No podíamos creer lo que veíamos, había leído sobre esta costumbre de los zambullidores, pero nunca tuve la oportunidad de verlo.

Era emocionante apreciar aquella madre llevando de un lado a otro a su cría. Esta, por momentos se escondía entre las plumas, o alternaba de tanto en tanto con una zambullida. Durante minutos observamos este "barquito" con su carga.

El calor y el cansancio comenzaban a influir en el ánimo de algunos excursionistas. Por suerte, a cada momento veíamos algo que nos llamaba la atención.

Vimos pasar a ras del agua, un pajarito multicolor. Algunos, por el rápido desplazamiento no pudieron apreciar la hermosura de este bichito alado, pero sí observaban el pequeño nido, atado a un junco. Todos preguntaron ¿qué es?

Se trata del siete colores de laguna. Este pajarito se alimenta de insectos y vive en los densos juncos y totorales.

Nos orientamos hacia la salida. Nuevamente la fila se fue formando. El silencio se interrumpía solamente por el ruido de las piernas en el agua y el de las manos abriendo los juncos.

Nuevamente sentimos un fuerte grito de la señora gordita. ¡Qué habrá pasado! ¡Se cayó en un pozo!, exclamó alguien.

Aquella señora, que casi no quería mojarse, tenía el agua hasta el cuello. Los repollitos y otras plantas acuáticas, le colgaban por todos lados.

De la sorpresa pasamos a la sonrisa y de ésta a la risa. Aquí, esta señora no iba más. Ya no podía caminar, no tenía fuerzas. Por suerte para ella, dos jóvenes, le sirvieron de soporte y casi arrastrándola, la llevaron hasta las afueras de la laguna.

Al reunimos con el otro grupo, varios vieron en estado deplorable en que se encontraba esta señora, pocos tuvieron compasión y las risas se generalizaron.

Cada uno, mientras se cambiaba de ropas, reponían sus fuerzas con mates y galletitas, o frutas o simplemente agua.

Las chicharras o cigarras, iban aumentando de volumen su música, Densos nubarrones amenazaban con una tormenta y antes que el cansancio nos domine, cada uno fue acomodando y guardando todas sus pertenencias.

Fue una linda experiencia para muchos. En algunos tal vez esta excursión haya despertado un interés aún mayor por la naturaleza. Para otros, tal vez fue un "día de campo". Para otros un día divertido, pero siempre me quedó una gran duda, ¿qué fue para la señora gordita?

EN LOS PALMARES DE LOS AMORES

Pasando Vera, en el camino hacia Cañada Ombú, el paisaje se torna interesante. En partes alternan los bañados con los montes y en otros predomina uno u otro.

El avance del hombre sobre la vegetación y la fauna, en toda la cuña boscosa es muy grande.

La extracción de los árboles para utilizar la madera, ya sea como postes, varillas, fabricar muebles o elaborar carbón, hace que los montes desaparezcan. Es así como se ven zonas limpias, con las tierras blanquecinas y erosionadas por el viento y las lluvias.

Muchos cazadores, de todo tipo de animales, saben que en esa región algo queda de nuestra fauna, y ahí van. Persiguen y matan guazunchos, pumas, gato montés, zorros, zorrinos, boas acuáticas y patos. También es intenso el comercio de los pájaros. Ya no se ven los cardenales amarillos, los tordos, los tucanes y los federales.

De la misma ruta, parando de tanto en tanto, mirábamos el paisaje y las aves que en gran número y variedad se movían en los esteros y en los bañados. En oportunidades no las podíamos observar, porque estaban ocultas en la espesa vegetación, pero sí las identificábamos por sus gritos o por sus cantos.

En este viaje, mi acompañante era Gustavo. Este joven estudiante de agronomía, es un apasionado por la flora autóctona, y siempre que sus estudios se lo permitían, estaba dispuesto a realizar alguna excursión.

Nuestro objetivo en ese primer día, era llegar con luz solar a una estancia al oeste de Los Amores. Aquí nos alojaríamos en las cómodas instalaciones de la casa de huéspedes. Idea que nos gustaba porque sabíamos que luego de andar todo un día por lagunas y montes, a la noche un buen baño y una buena cama, no tienen precio. Una vez ubicados, lo único que esperábamos, era la salida del sol, que nos indicaba que ya podíamos emprender la caminata.

La casa principal de la estancia o "casco", está enclavada en una loma, en un claro del monte, donde predominan las palmeras. El paisaje, como la visión de los alrededores, tenía su encanto.

Casi en la penumbra, nos despertaron los variados cantos y chiflidos de los tordos o chopis. Estas aves de negro plumaje, son expertos cantores. Este es el motivo por el cual son tan perseguidos por los comerciantes de pájaros. A tal punto llegó esto que no solamente capturan a los adultos, sino que sacan a los indefensos pichoncitos de sus nidos, para criarlos y venderlos.

El dueño del campo, con buen criterio conservacionista, había colocado en varios árboles, nidos artificiales, para que el chopi los ocupe. Estos eran huecos en troncos de palmeras o casitas de maderas. Cada pareja sacaba de 3 a 4 pichones por temporada. Todo esto contribuyó a que en poco tiempo se formara una bandada de varios ejemplares.

Por momentos los cantos de los tordos quedaban minimizados por los gritos de las cotorras. Estas no necesitaban que se les ofrecieran nidos.

Ellas sabían construir muy bien sus voluminosos edificios de palitos y nosotros también nos dimos cuenta de esto, cuando uno de esos palos con espinas, quedó incrustado en la cubierta delantera del auto.

En uno de los nidos de las cotorras, que no está a más de 5 metros de altura, asomaba por la amplia la cabeza de la hembra del patito de patas blancas, cosa curiosa, un pato dentro de un nido de loro!. Es esta especie de anátido pone sus huevos en huecos de árboles o en nidos abandonados de cotorras. El misterio es saber cómo bajan los pichones. Recuerdo que alguien me había contado que los padres los tomaban con el pico y uno por uno los llevaban al suelo. Pero, otra persona dijo haber visto que se tiraban solos. Como son tan livianitos no se lastiman. Una vez en el piso los padres los reúnen, llevándolos al agua, para no volver jamás al nido.

Desayunamos y enfilamos al monte, acompañados por Javier, peón del establecimiento. Con este baqueano nuestro andar era más seguro, no solamente por no correr el riesgo de extraviarnos, sino que, como conocedor de la zona, nos llevaría por los mejores lugares.

Al cruzar por unos humedales, las amarillas flores del torotal, sobresalían de sus ramas, casi desprovista de hojas y destacando aún más la silueta del águila negra.

Por una picada fuimos internándonos en el denso monte. En el suelo húmedo se notaban las pisadas de los animales que rondaron durante la noche. Con Gustavo a cada momento intercambiábamos conocimientos, sobre las plantas y las aves que desfilaban por nuestra vista.

Cerca de un abra de ralos pajonales, colgando de rama de un algarrobo, estaban los despojos de un "chanchito cimarrón". Pendían del árbol el esqueleto de la cabeza, mostrando sus grandes colmillos, trozos de piel y pata. Estos animales son cerdos domésticos, que se vuelven salvajes. Adquieren ferocidad y gran peso. Según Javier, este ejemplar estaba entre los 180-200 kilos.

A la sombra de ese algarrobo, los cazadores han armado su ranchada, así lo corroboraban los restos del fogón, las latas de conservas y las botellas vacías.

Le preguntamos a Javier, si era posible que hasta en esos apartados lugares, pudieran llegar personas a matar a los animales.

Contestó que sí. Que esos cazadores penetran con armas y con perros. Y explicó que guiados por el olfato los perros corren y acorralan a los animales, hasta que llega el cazador.

Algunos sitios por apartados que parezcan, no están exentos de la presencia del hombre.

El calor se hacía sentir y esto se manifestaba en nuestras ropas mojadas por la transpiración, lo que nos obligó a un breve descanso sobre un tronco caído, cerca de una aguada.

Gustavo rompió el silencio, para decir que al observar a los animales, siempre mirábamos a los más grandes y no prestábamos atención a los pequeños.

-Cómo es esto?, pregunto. No te entiendo.

-Sí, por ejemplo, mira ese charco.

-Lo vemos.

Nos agachamos, y al recorrer con la vista íbamos descubriendo los distintos componentes de esa aguada. Los renacuajos con sus largas colitas, los zapateros que caminaban por la superficie, las cucarachas de agua que nadaban estirando sus patas y otros varios insectos de nombres desconocidos, conformaban la minifauna de ese charco. Entusiasmados con esto, dijimos: ¿por qué no miramos ese tronco? Al comenzar a desgarnar las partes putrefactas, aparecieron cientos de insectos, de formas y colores variados. También gusanos, larvas y bajo una cascara gruesa, dormitaba una peluda araña "pollito".

-Tenías razón Gustavo, comenté.

Cuántos otros seres que forman parte de la naturaleza, están casi semiocultos, ignorados por muchos. Pero ellos, también son integrantes de este universo, y como tales tenemos que respetarlos.

A unos mil metros de un puesto, se notaban los efectos de la sequía. En los pocos charcos que quedaban, peces, principalmente cascarudos, se debatían en triste agonía, por sobrevivir. Sabedores de esto, cientos de cuervos, de caranchos y varios jabirúes se reunían a comer. Los primeros tomaban la presa y sujetándola con la pata contra el suelo, la iban despedazando poco a poco. Los jabirúes, con lentas zancadas, tomaban al pez, lo llevaban varios metros en el pico y luego lo acomodaban para deglutirlo.

La tierra resquebrajada en las partes secas, conformaba un espectáculo desolador, que se completó al llegar a una zona cenagosa, donde una vaca, hundida hasta vientre, luchaba por salir de la difícil situación. Esto hizo que volviéramos a la estancia a buscar elementos para sacar a este animal.

Con caballos, sogas y tablas, después de un largo rato logramos el propósito. Todos felices por haber salvado una vida.

Por la noche, sentados en el patio, a la luz de un farol hicimos las anotaciones de las observaciones. Comenzábamos a sentir los gritos de las aves nocturnas, talvez llamándose entre ellas, o alertándose de algún peligro.

La luna llena nos mostraba las siluetas de las palmeras, alternando reflejos y sombras y permitió ver la silueta

CAMINANDO POR LAS COSTAS MARINAS

El caminar, pisar la tierra, mirar a nuestro alrededor los componentes naturales y respirar el aire puro, son cosas simples, practicadas muy poco por el hombre actual.

Sus diversos problemas, el ocuparse de las minucias de la vida, el no saber ver un poco más allá, lo lleva a que no encuentre un equilibrio y su felicidad. Estos están en su interior, solamente tiene que encontrarlo. Por esto son dichosos aquellos que pueden expresar lo que sienten y también aquellos que pueden hacer realidad sus sueños.

Mis primeros pasos transcurrieron por sectores donde las costas eran arenosas, alisadas por el movimiento de las aguas. En cada uno de los vaivenes, las pisquitas de arena titilaban de una u otra manera, según los reflejos del sol. La remoción del suelo permitía el afloramiento de los moluscos, de los crustáceos y de los invertebrados que al rato eran consumidos por los ostreros, los chorlos y las gaviotas.

En un sector de suelo rocoso, poroso, imperfecto, con numerosas algas filamentosas, un ostrero capturó un mejillón. Estas aves tienen un pico largo, aplanado, adaptado especialmente para abrir las valvas de los moluscos y extraer su carne.

Al continuar con la caminata entre las piedras y piedritas, de diversas formas y colores, se notaba en muchas de ellas, los miles de años de existencia. El rozamiento que les produce los movimientos del agua las fue aplanando, desgastando, cambiando su fisonomía.

Aquí, a pocos metros del agua, el elefante marino se tiraba piedritas sobre su lomo, ayudándose con sus aletas delanteras. El fuerte macho, por momentos, elevaba su cabeza y tórax, emitiendo un grito. Tal vez buscando a su compañera o bien advirtiéndome que ese era su territorio.

En el apostadero de los lobos marinos, aparentemente todo era paz y tranquilidad. Sobre un islote descansaban, se rascaban, tomaban sol o se tiraban al agua.

Al notar mi presencia, algunos quisieron demostrar sus cualidades de buenos nadadores. Se zambullían desde el islote, hacían unas piruetas bajo el agua, la cual era tan límpida, transparente, que permitía ver la agilidad y gracia de sus desplazamientos. Saltaban nuevamente al islote, emitían algún grito y repetían la operación.

Al ver y gozar el espectáculo y apreciar los gestos de bondad de estos animales, no me puedo imaginar cómo el ser humano los mataba a palos. Sí, a palos en la cabeza, es la forma como asesinaban a estos lobos para extraer su piel.

de la lechuza de campanarios, que con su fuerte chistido, nos llamó a silencio.

Fiel testigo de estas masacres, estaban semiocultos entre unos arbustos. Cientos de huesos conformaban el osario más grande que he visto.

Es increíble la crueldad humana. Qué sentimientos pueden tener aquellos que rompieron esos cráneos a golpes. Creo que nunca les llegará el perdón y en sus noches les retumbarán en sus oídos los gritos de horror de estos seres indefensos.

Una casilla construida, habitada y abandonada quién sabe por quién o por quiénes, fue refugio seguro por una noche. Por entre sus muchas hendiduras el aire se filtraba, produciendo un silbido que por momentos tapaba el rumor de las olas al chocar contra las rompientes.

Metido en la bolsa de dormir, el sueño se fue adueñando de mi mente y los músculos entraron en sosiego.

Al pasar por entre unos arbustitos, muy oculto vi en uno de ellos, se hallaba una martineta. Con sigilosos movimientos me aproximé. Los rayos de luz pasaban entre las ramitas, dejando entrever en la penumbra el ave aplastada sobre los huevos.

Aquí, me ubiqué un momento en el lugar del ave. Está en la soledad de la estepa, habrá pensado ¿y este curioso quién es? ¿no se da cuenta de que estoy incubando? sabrá que de mi tranquilidad depende el nacimiento mis hijos?

-Contesté, sí, tienes razón. ¿Quién soy para importunar tu vida?

-Efectivamente, mis inquietudes a veces me llevan un poco más allá de lo aconsejado.

Sé que es imprudente observar, toquetear en demasía los nidos de las aves porque se corre el riesgo de que los abandonen. No muy lejos de donde se desarrolló esta acción un adulto, con su cuerpo erguido, elevando el copete y con rápidos pasos, llevaba tras de sí, sus seis pichoncitos. Al verme, éstos se dispersaron aplastándose en el suelo. Me costó trabajo ubicarlos. La coloración mimética del plumaje los confundía con piedras. Permanecieron invisibles a pesar de caminar muy cerca de ellos. En un área con poca vegetación, el agua erosionó el suelo, formándose pequeños desniveles y allí en medio de unos arbustos se veían unas cuevas. Hermosa escena formó un grupo de maras con sus crías. Ellas no se

percataron de mi presencia, lo que permitió que viera parte de sus movimientos. Con todo lo observado hasta el momento, más la emoción de tener tan cerca a estas criaturas, me dije: ¡suerte tengo! Estar aquí, en miles de kilómetros solamente estoy yo, rodeado de plantas y de animales. Acá no se conoce la envidia ni la maldad, todo es armonía e inocencia. Sí, tanto es así, que entablé conversación con las maras. Lógicamente sólo yo hablaba. Pero, qué importaba. Ellas eran felices en su hábitat y yo también. Unos metros más adentro, una inmensa mole subía y bajaba, aparecía y desaparecía, hasta que por último su gran cola me recordó que era una ballena franca del sur. Admiraba sus desplazamientos, pero el regocijo fue mayor al ver que cerca de ella, jugueteaba su pequeño. Al mirar esta escena, por un instante recordé que las ballenas son perseguidas, matadas sin piedad, a tal punto que algunas especies están casi extinguidas. Un petrel ayudó a que estos recuerdos se borrarán de mi mente. Estas aves son excelentes planeadoras. El que pasó era un petrel gigante, de alas largas y estrechas, terminadas en punta. Aprovechaba para planear las corrientes ascendentes del aire que se producen cuando el viento choca contra las olas. De esta manera produce un gran ahorro de energía. Desde lejos vi miles de aves revolotear sobre un islote. Al aproximarme, al apagado ruido se iba acrecentando hasta transformarse en un griterío. Las blancas siluetas de las gaviotas cocineras sostenidas en el aire, parecían salpicones de algodón sobre un cielo azul. Las más audaces aleteaban sobre mi cabeza tratando de ahuyentarme. El semejante alboroto de estas gaviotas se debía a que allí tenían sus nidos. Todos tenían pichones. Estos son seminidífugos, es decir que si nadie los molesta están varios días con sus padres, pero si se aproxima un intruso, se escapan, de tal manera que no es conveniente molestar a estas colonias. Muy quieto y oculto por unos arbustos quedé observando todo aquello. Vi como cada pareja cuida su nido, pero lo que más me sorprendió fue ver cómo dan de comer a sus crías. Estas gaviotas en época de reproducción tienen una gran mancha roja cerca del extremo del pico, en la parte inferior. El pichón cuando quiere comida picotea a la madre en esa mancha, y esto sirve de estímulo para que ella regurgite los peces u otros ingredientes que su hijo utiliza como alimento. Así es la naturaleza. Brinda a cada uno los elementos necesarios para subsistir. Lamentablemente a veces el hombre dispone a su antojo sobre la vida de los animales y de los vegetales. A la distancia, en una lisa playa arenosa, se divisaban cientos de objetos no identificados. Al caminar hacia ellos vi que tenían una forma redondeada, del tamaño de una naranja chica. Al tomarlos, su consistencia era semidura y al mirarlos a trasluz se veía en su parte inferior una zona más opaca. Uno de ellos estaba roto, lo que me permitió ver en su interior unos 10 caracolitos. Al tiempo, buscando información sobre lo hallado, supe que estas vejigas reciben el nombre de ovisacos y es la forma de reproducción del caracol marino.

En terrenos más bajos, los pantanos y lodazales formaban el hábitat de los cangrejos. Estos, a pesar de su aspecto de poco inteligentes, al ver movimientos extraños cerca de ellos, rápidamente se acuitaban en sus cuevas.

Una gran extensión de tierra continental penetraba en el mar, formando un estilete de contornos irregulares. El terreno cubierto por arbustos, algunos con vida y otros no, aferrados a un suelo relativamente compacto, mostraba una superficie despareja.

Vivían allí, miles de pingüinos. Estos llegan a las costas patagónicas para reproducirse. Escavan sus cuevas en el suelo, a veces entre las raíces de las plantas y cuando ya no queda lugar, ocupan simples depresiones.

Estos lugares, llamados pingüineras, constituyen el asentamiento transitorio durante la cría. Una vez que ésta termina, buscan nuevamente el mar.

Hasta la instalación definitiva se producen permanentes peleas entre los machos, en busca de una hembra o por un pedacito de terreno donde ubicar sus huevos

Cuando nacen los pichones, éstos llaman a sus padres con piidos, pidiendo comida. A medida que crecen y salen de sus nidos, la pichonada se reúne en grupos, que son cuidados por unos pocos adultos.

El pingüino es un ser simpático, de movimientos torpes cuando camina, pero experto nadador. Su cuerpo cubierto de pequeñas plumas semejantes a escamas, llevó a confundir a los primeros navegantes con peces voladores. Pero, al suceder esto, nadie podía pensar que algún día, se descubriría el petróleo y precisamente este elemento, es el causal de la muerte de miles de pingüinos y de otras aves, a las que se les impregna el plumaje con este hidrocarburo, que pierden los barcos en el mar.

Mudo testigo de esto eran los cientos de pingüinos muertos, sacados por el agua y dispersos en varios kilómetros de la costa.

Buenos y malos recuerdos fueron quedando de la caminata, confirmando que somos integrantes de la naturaleza y no podemos vivir aislados de ella.

UN PASEO POR LA SELVA

Por un húmedo sendero, semicubierto de plantas y obstruido de tanto en tanto por troncos, nos desplazábamos con Oscar. Con las manos abríamos el follaje para que permitiera nuestro paso, acompañados por los gritos de las aves y el zumbido de los insectos.

El impulso y el entusiasmo del joven Oscar, hacía que todo ese fervor pasara a mi mente y mi cuerpo. Éramos incansables, caminábamos, trepábamos a los árboles y nos metíamos con el agua hasta la cintura, en arroyos y lagunas.

Aquellos lugares eran el paraíso de las aves, de los mamíferos, de los reptiles, de los batracios y de los insectos, cada uno se movía en su hábitat.

La abundancia de lluvias, unida a una elevada temperatura y humedad, favorecían el desarrollo de los vegetales. Los árboles son de gran porte. Sus largos troncos, después de varios metros de altura, recién se ramifican, formando la copa o bóveda. Entre las ramas o en los troncos se apreciaban las plantas epífitas, constituyendo cada uno en sí mismo, un jardín botánico.

Los espacios de sombra y luz, alternaban cuando los rayos luminosos se filtran entre las hojas.

Esta selva albergaba a muchas aves, en general andaban solitarias o algunas formando parejas, no había casi bandadas, excepto una de bullangueros loros.

La densidad de la vegetación hace que las aves tengan una serie de adaptaciones especiales para moverse en estos lugares. Por esto, adquieren valor las comunicaciones que realizan a través de sus gritos o de sus cantos.

Unos tupidos matorrales nos obligaron a realizar un rodeo. Mientras lo hacíamos, pudimos comprobar la estratificación de las plantas, desde el suelo a la copa. Esta misma estructura se correlaciona con las aves. Así, las veíamos por la tierra, por los arbustos, por los troncos y por las ramas de los árboles.

Cerca de la cabeza de Oscar, con rápidos desplazamientos se movía un picaflor. El zumbido de sus alas y un tenue silbido, nos permitió diferenciarlo de un insecto grande. Su diminuto tamaño a más de uno logró confundir.

Nos acosaba permanentemente, hasta que nos dimos cuenta de que estábamos en su territorio. Comentamos con Oscar, que al llegar el momento de la reproducción el macho se establece en cierto lugar, al que va delimitando cada vez con mayor precisión y dentro del cual no permite la presencia de especies afines y a veces tampoco a aquellas no tan cercanas genéricamente.

Las aves canoras, durante este período, realizan verdaderos "duelos" de cantos, pero, el pobre picaflor, al no emitir vocalizaciones fuertes, solamente le quedaba asustarnos con sus vuelos.

En una limpiada, cerca de un curso de agua, armamos el campamento. El calor y la humedad, hacían que las ropas se pegaran al cuerpo. La luz del farol, atraía a cientos de insectos y también a algún curioso, del cual solamente veíamos los grandes ojos, perdidos entre los arbustos.

A la madrugada un fuerte grito me despertó. Sobresaltado al oír esa voz, sólo atiné a tomar la linterna y hablar con Oscar. Los dos escuchamos nuevamente y al saber que se trataba del canto del urú, nos tranquilizamos.

Al alba, cuando el sol no sobrepasaba la copa de árboles, se palpaba sobre las hojas el rocío de la noche la densa y blanquecina niebla, dejaba sobre el agua apenas entrever las fantasmales figuras de los árboles.

Las aguas del arroyo corrían formando un camino de veloz desplazamiento, que en los rápidos y en los choques contra los troncos y raigones, transmitía sus sonidos. Solo aquí, era bravo y ligero y solo aquí se oían sus rumores. Al llegar al llano se transformaría en un río manso, lento y casi mudo.

Unos troncos caídos nos facilitaron el paso, en la angosta garganta del torrente. Por tierra firme y a pocos metros de un cañaveral, un fuerte olor nos atrajo, al llegar, vimos el cadáver de un tapir, tal vez muerto

por causas naturales. Ubicado entre unos yuyos, bajo el mismo sol y el mismo aire que le permitieron vivir, pero ahora lo estaba desintegrando, hasta volverlo a su primitivo estado.

Así es la vida, unos nacen, otros mueren. Lo importante son las inclinaciones del corazón y de los sentimientos que nos llevarán a la mejor belleza, que es la belleza del alma.